

Ediciones Abya-Yala

TEOGONÍA Y DEMIURGOS EN LA CULTURA CAÑAR

Marco Robles López



Teogonía y demiurgos en la cultura cañar

Marco Robles López

Teogonía y demiurgos en la cultura cañar



**ABYA
YALA**

2023

TEOGONÍA Y DEMIURGOS EN LA CULTURA CAÑAR

©Marco Robles López

Tercera edición: © Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de Octubre N24-22 y Wilson, bloque A
Teléfonos: (593 2) 250 6267 / (593 2) 396 2800
e-mail: editorial@abyayala.org.ec
<https://abyayala.org.ec>
Quito-Ecuador

Imagen de portada: Fotografía Toledo - Azogues
Desarrollo de aplicación
móvil “teogoniaapp”: Ing. Ángel Pérez Muñoz
Análisis de las piezas
arqueológicas: Arqueol. Diana Cordero
Edición y restauración
de imágenes: Ing. Vladimir Robles Bykbaev
ISBN: 978-9942-09-863-4
ISBN digital: 978-9942-09-864-1
Tiraje: 400 ejemplares
Diseño, diagramación
e impresión: Ediciones Abya-Yala

Impreso en Quito-Ecuador, junio de 2023

El contenido de este libro es de exclusiva responsabilidad del autor.

Esta obra cuenta con el aval académico de la muy Ilustre Municipalidad de Azogues - Alcaldía del Dr. Javier Serrano C.

Índice

Dedicatoria	7
Agradecimiento	9
Presentación	11
Capítulo I	
La tierra cañari	13
El pasado remoto	14
Algunas costumbres y artes	17
La choza... ¡estigmatizada!	18
El vestuario	22
Gobierno	23
Capítulo II	
Las creencias y la vergüenza	31
Capítulo III	
Fenómeno de la conciencia social	37
Capítulo IV	
El porqué de teogonía y demiurgos	41
Capítulo V	
Dioses cosmogónicos	45
Capítulo VI	
Reminiscencias de magia, totemismo y animismo	49
Capítulo VII	
Interpolaciones	55

Capítulo VIII	
El culto lunar	57
Las representaciones zodiacales	63
Capítulo IX	
La sierpe progenitora, Demiurgo	69
<i>Leoquina y Culebrillas.....</i>	<i>70</i>
Capítulo X	
Ofrendas humanas y culto agrario.....	77
Capítulo XI	
La guacamaya, tótem cañari.....	83
Capítulo XII	
Las cumbres sagradas del tótem.....	87
Capítulo XIII	
El diluvio universal: ¿mito o realidad?	93
Otros relatos diluvianos.....	95
Conclusión.....	99
Referencias bibliográficas	103
Piezas arqueológicas: un hallazgo en Burgay	107
Sobre el autor	111

Dedicatoria

A mi inolvidable progenitora, Doña Zobeida López Ochoa de Robles, quien fue la primera joven bachiller de Azogues y su provincia, formada en el colegio “Juan Bautista Vázquez”.

Durante todo su profesorado, laboró en escuelas rurales, revelando su comprensión y cariño a los niños campesinos.

Agradecimiento

Expreso mi eterna gratitud a las personalidades de la cultura y la educación que representan y dirigen la prestigiosa editorial Abya-Yala. Igualmente expreso mi reconocimiento a los prestigiosos catedráticos universitarios e investigadores, Dr. José Juncosa y Dr. Fernando Pe-sántez Avilés, por su apoyo permanente a la publicación de esta obra.

Los ecuatorianos, y los sudamericanos en general, así como caribeños y norteamericanos, debemos tener en consideración que el legendario nombre de Abya Yala, surgió por primera vez en tiempos precolombinos.

Presentación

Eliécer Cárdenas escribe, en la segunda edición de este libro (1986), que esta publicación descubre un velo de malos entendidos sobre los mitos y creencias religiosas de la cultura cañari. Marco Robles López (Azogues, 1941) es historiador e investigador prolífico. Personaje curioso y singular, sus producciones tienen lugar desde distintos ángulos científicos. Sus primeros estudios los hizo en medicina veterinaria, en Kiev, Ucrania, en la ex Unión Soviética, entre 1974-1980. Pero luego su vida académica dio un giro y, en 1984, decidió hacer un posgrado en Moscú, en el Instituto de Ciencias Sociales.

Ejerció el periodismo como articulista en el diario *El Tiempo* de Cuenca y en diversas revistas tales como *Impacto Internacional*, *Cabeza de Gallo*, *El Observador* y *Emprendedores*. Además, tuvo colaboraciones en diversos medios: RTU, Quito y en HISPAN-TV, canal de televisión que se emite desde Teherán, capital de la República de Irán, en calidad de analista de política internacional. Periodista y académico. Ha sido catedrático en la Universidad Estatal de Cuenca durante 31 años. Una amplia bibliografía publicada da cuenta de su trayectoria académica: es autor de más de treinta obras de historia, filosofía, ensayo y análisis sociopolítico.

Abya-Yala pone en manos del público la tercera edición de este libro, uno de los trabajos más difundidos del autor. En él, aborda temas de la cultura cañari desde su remoto pasado, da cuenta de costumbres y artes, de su vivienda y su vestuario y de su gobierno. Temas como las creencias, los dioses cosmogónicos, las reminiscencias de magia, totemismo y animismo, su culto lunar y las representaciones zodiacales hacen parte de esta obra. Además, el autor se acerca, desde la arqueología y la historia, a descifrar cultos, ofrendas y tótems

propios de la cultura cañari así como las referencias mitológicas. La luna, el sol, la mama Zara (maíz), la papa, la guacamaya, hacen parte de las deidades cañaris, de sus templos sagrados y de sus observatorios. Marco Robles identifica, en el pasado precolombino cañari, una forma de ver el mundo y de explicar su particular cosmovisión.

Su metodología recurre, primero, a la evidencia arqueológica recabada tanto desde fuentes primarias como secundarias, comentadas críticamente desde los contextos locales; luego, despliega reflexiones comparativas de los símbolos mitológicos y cosmológicos para buscar conexiones en el tiempo y en el espacio, por ejemplo, las que identifica con pueblos precolombinos de Mesoamérica, de Baja California y Tierra del Fuego para el caso del mito del diluvio, que aparece en el imaginario de casi todos los pueblos prehispánicos y está presente en casi todos los pueblos indígenas contemporáneos.

¿Qué nos impulsa a indagar el pasado? Las respuestas son variadas, pero la fascinación por el pasado arqueológico es positiva cuando identificamos en él las huellas de un presente que pudo ser distinto si la historia fuera otra. De alguna manera, las huellas del pasado nos indican que el presente pudo ser mejor para quienes lo han vivido, en caso de que ya no estén entre nosotros; y para quienes son herederos de ese pasado, el presente debe reintegrarles dignidad, reconocimiento y respeto. Hay que buscar en el pasado las huellas de un mejor presente.

Al respecto, el autor concluye en que “el estudio del pasado de nuestros pueblos no es formal, simple ilustración, sino que debe servir para el rescate de la heredad histórico-cultural, para valorar y fortalecer nuestra identidad y para construir un futuro mejor” y apunta que, solo entendiendo ese pasado, podremos librarnos del racismo que aún forma parte del poder político, económico e ideológico del país.

José Enrique Juncosa
Director Abya-Yala

Capítulo I

La tierra cañari

La confederación o nación cañari, abarcaba un vasto territorio: las actuales provincias del Cañar y Azuay, parte de Loja y parte de Chimborazo, extendiéndose por el Oriente hasta las estribaciones de la cordillera central y por el Oeste sin límites fijos. Se dice que hasta las costas del Pacífico. El sacerdote-historiador, González Suárez, manifiesta al respecto:

Parece que sin grave error, pudiéramos determinar los límites que tenía la nación al tiempo de la conquista de los Incas, señalando al Norte el Nudo del Azuay, que la separaba de los Cacicazgos de Alausí y Tiquizambe; al Mediodía se encontraban las tribus de los Paltas; al Oriente la cordillera de los Andes dividía a los Cañaris de los denominados despectivamente como indios salvajes y conocidos hasta la actualidad con el nombre general de jíbaros; por el Occidente no se le puede señalar términos fijos, pues, parece que el territorio de los Cañaris por aquella parte se extendía hasta las costas del Pacífico, pobladas entonces por los Huancavilcas. (González Suárez, 1965, p. 53)

Antes de la conquista de los incas a su territorio y posteriormente a su dominio, la gran confederación cañari continuaba manteniendo la integridad de su extenso territorio. Por cierto, cabe señalar que después de los Shiris, el pueblo más importante constituía el de los cañaris, que se distinguieron en los diversos aspectos del desarrollo: eran expertos maestros alfareros, temidos guerreros, grandes agricultores y poseían un interesante credo religioso. Todo esto ha sido reconocido por los diversos investigadores tanto nacionales como extranjeros.

El pasado remoto

A excepción del primer periodo (desde tiempos muy antiguos hasta 2000 años a. n. e) determinado por quien fue un destacado estudioso, Emilio Estrada, los demás tuvieron su representación cultural en las distintas regiones ecuatorianas y en las provincias de Azuay y Cañar, en las que principalmente estuvieron asentados los cañaris. El segundo periodo tiene dos culturas en nuestras regiones: Chorrera y Narrío Temprano; el tercer periodo también se encuentra representado por la cultura Narrío Tardío; el cuarto por la cultura Cashaloma.

En la región de Chorrera, Cañar, se encontró un cráneo trepanado con técnica circular, cuestión que nos llevaría a considerar que en nuestro país y de manera especial en el extenso territorio habitado por los cañaris se practicaba la cirugía craneal, quizá unos centenares a. n. e., o antes de Jesucristo; asimismo, se demostraría que sus habitantes conocían analgésicos y desinfectantes, indispensables para realizar trepanaciones cerebrales, como también hacían los incas. Debieron conocer la *ayahuasca* o *ayawaska*, a través de los pueblos nativos del Oriente ecuatoriano, ¡quienes hasta ahora lo utilizan para provocar la narcosis y como medio supersticioso de los shamanes para sus prácticas de hechicería! Igualmente, el *huantug* o *huarhuar* (zumo de floripondio, que significa “duerme, duerme”), se utilizó como estupefaciente por los brujos para caer en trance y es posible que se haya utilizado para privar de conocimiento a los pacientes en los que se iba a realizar la cirugía craneal (González Suárez, 1965).

Como emplastos utilizaban el *molle* (*Schinus molle*), el *chamburo* (*Carica chrysopetela*), plantas tradicionales muy estimadas por los cañaris. La chicha de *huantug*, producía un sueño profundo con embotamiento de la sensibilidad, lo que posiblemente permitía operar el cráneo.

Asimismo, se ha sustentado la tesis de que se produjeron incursiones desde la zona costanera —occidente—, que irrumpieron en el altiplano, y también desde la región oriental, a territorio cañari. No puede descartarse dicha tesis, considerando que en una cueva que se encontraba en la parte inferior del cerro, se pudo encontrar

pinturas que utilizaban los mismos colorantes que empleaban los pueblos precolombinos de la actual provincia de Morona Santiago, región oriental.

Pero sin lugar a dudas, la cultura que mejor ha prevalecido es la Maya, originaria primordialmente del antiguo México, designada por lo mismo “Cultura Mayoide del Azuay”. Max Uhle con sus importantes descubrimientos de dicha cultura en territorio cañari, estableció principios de certeza que eximen cualquier duda. Años atrás el historiador ecuatoriano González Suárez, al hablar de la similitud de la leyenda cañari —la de la guacamaya— con las de mayas y quichés, intuía correctamente lo que más tarde se confirmaría con los hallazgos arqueológicos que se realizaron principalmente en Cerro Narrío del cantón Cañar, Huangarcucho a la orilla izquierda del río Burgay-Mayu, así como en Chordeleg y otros, que se encuentran en la provincia del Azuay.

Se estima que se produjeron influencias de dicha cultura con largos intervalos, lo que explicaría la existencia de dos leyendas: la de la sierpe progenitora y de las guacamayas, que veremos con algún detalle.

También se consideran de gran importancia las migraciones desde la Amazonía, del Caribe, cuyos troncos principales se vinculan con grupos originarios mayas. Es de suponer que incursionaron por los ramales de la cordillera Oriental, facilitado, conforme anota J. Arriaga, por la poca elevación de sus montes en las provincias de Cañar y Azuay. Apoya esta conjetura los establecimientos orientales en las provincias mencionadas. Así los Macas, tribus de procedencia netamente oriental, existían establecidos en los que hoy es Pindilig o Pendetel, conociéndose con el primer nombre antiguamente y hasta los primeros días de la conquista española. Al oeste de Azogues, también existía un sitio conocido como Macas y los mismo Gualaquiza, donde inclusive hubo un sinche con este nombre, como anota González Suárez en su *Historia General del Ecuador* (González Suárez, 1890).

Arriaga, asimismo nos refiere que en el célebre Mashujutcu (*Cueva de los murciélagos*, en español), situado en el mencionado cerro Cojitambo y hoy destruido en gran parte, por los trabajos de cantería, encontró cuando hacía sus investigaciones, unas piedras

con figuras de color del mismo material que aún hoy utilizan los habitantes de nuestros pueblos, originarios del Oriente, particularmente de la provincia de Macas.

Es posible que sea posterior el asentamiento de las migraciones sucedidas desde oriente; lo que no deja lugar a dudas, es que muchos de los grupos que habían llegado del Norte, de la costa o del oriente, tienen un origen en Centroamérica, vinculados a la cultura maya, y diseminados ya por el Caribe, las costas de la república de Colombia o la Amazonía. Los mayas por el adelanto cultural que alcanzaron, lograron fijar sus caracteres mejor que otros (chibchas, caribes, etc.). Muchos de sus mitos, costumbres y tradiciones, aunque un tanto desfigurados, se conservan todavía entre los cañaris. Como ejemplo, suficiente con citar lo siguiente:

En el *Popol Vuh*, el libro sagrado de los Quiché, se anota:

Aún no había hombres, animales, pájaros, pescados, cangrejo, palo, piedra, hoja, barranca, paja de monte, sino solo estaba el cielo; no se manifestaba la faz de la tierra; sino que sólo estaba el mar represado, y todo lo del cielo: aún no había cosa alguna junta, ni sonaba nada, ni cosa alguna se meneaba, ni cosa que hiciera mal, ni cosa que hiciera “Cotz” (esto es ruido del cielo) ni había cosa que estuviese parada en pie; solo el agua represada, sólo la mar sosegada, sólo ella represada, ni cosa alguna había que estuviese; todo estaba en silencio y sosiego en la obscuridad y la noche; sólo estaba el creador y formador, señor, culebra fuerte. (Soto Hall, 1941, pp. 15-16)

He aquí la culebra Quiché, el Dios, el señor, su origen, cumpliendo similar papel al de la culebra en la leyenda de Cañar.

Igualmente, las plumas de Quetzal portaban como un adorno y distintivo, singularmente las personas pertenecientes a la realeza, lo sacerdotes y príncipes. Entre los cañaris tenemos el recuerdo de un curaca de Cañaribamba, de apellido Oyane, que usaba como adorno las plumas de un ave: ¡la legendaria Guacamaya!, propia de nuestra América, especie de papagayo y del tamaño de un gallo.

La “serpiente emplumada” corresponde al Quetzal azteca, al Kukulkán de los Mayas yucatecos y al Cucumatz de los Quichés. Es

decir, la serpiente era una divinidad muy difundida en tiempos precolumbinos, en Centroamérica, cuestión que no tiene porqué admirarnos, si recordamos que, en el antiguo testamento bíblico, ¡dicha serpiente, también tiene un papel protagónico “negativo”, por supuesto, al brindar a Eva la manzana del bien y el mal! Lo cierto es que este culto, igualmente lo encontramos en la desaparecida cultura cañari, con la diferencia de que, contrario a la representación negativa que tenía en el Viejo Mundo, en nuestros pueblos originarios se le reconocía un papel positivo, benefactor.

Admitiendo la impregnación de las culturas maya, de la Amazonía, los grupos de la cultura tunchahuán, chibcha, etc.; y, luego la dominación parcial de los incas que no se extendió más de **miedo siglo** (aproximadamente de 1455 o 1460, época de la primera invasión de Túpac Yupanqui a tierras del actual Ecuador, hasta 1526, año de la muerte de Huayna Cápac), lo indiscutible es que la nación cañari llegó a constituir una de las confederaciones más poderosas existentes en lo que actualmente constituye el territorio ecuatoriano.

Algunas costumbres y artes

En los cañaris las manifestaciones artísticas alcanzan su más alta expresión en alfarería. Las vasijas tienen un acabado perfecto, con notable impregnación de la pintura que en algunos casos se ha conservado tan brillante, como si no hubiera pasado ni un siglo. Se encuentran sinnúmero de trabajos, desde cántaros gigantes para la chicha, destinada a ceremonias religiosas, hasta compoteras, vasos votivos, jarros pequeños de diversas formas, copones, platillos, etc. El zoomorfismo abunda en las pinturas y es frecuente también la diversidad de trabajos en piedra, principalmente jaspe y alabastro, con los que se fabricaban idolillos, adornos diversos. Los huesos estuvieron destinados para elaborar artefactos domésticos: agujetas para coser, punzones, marcadores y también instrumentos musicales como el “pingullo” y la quipa, adornos como pendientes, zarcillos, collares, etc.

En los metales el cobre se utilizaba primordialmente para la fabricación de hachas de guerra con curiosas representaciones. Cono-

cían el oro y la plata que sabían trabajarlos con sorprendente maestría. Sus orfebres hacían medias lunas, discos, soles, destinados a representaciones de sus divinidades, particularmente del sol y la luna. Planchas de oro se ha descrito tapizando las paredes de sus templos.

La choza... ¡estigmatizada!

Sin embargo, la vivienda común del cañari y de otros pueblos precolombinos, conocida en quichua como *huasi*, era modesta o sencilla, pero no rústica, como categóricamente anotamos en las dos ediciones anteriores de este libro, al referirnos a la *choza*, en virtud de que dicha casa, es una habitación sencilla, pero no rústica, y en segundo lugar, considerando que este tipo de habitación no se encuentra exclusivamente en nuestro continente, sino también en varios países de Europa, ¡estimándose que su cuna u origen, en tiempos pasados, fue España!

Desde luego, estimamos que la primera reproducción de este tipo de habitación que, igualmente por primera vez insertamos en este trabajo, encontré en el museo principal de Kiev, capital de la República de Ucrania, que en aquellos tiempos formaba parte de la desaparecida URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas), durante mis años de estudio de posgrado, en dicha ciudad; concretamente en 1975, es decir hace 47 años a la presente fecha, 2022 (figura 16).

Asimismo, cabe señalar, que “el nombre choza, ¡tampoco es originario de nuestros pueblos nativos, como ya señalamos en un estudio anterior, sino que tiene un origen gallego o portugués! y en español cuenta con dos acepciones” (Real Academia Española, 2021).

Además, hoy en día todavía se encuentran chozas en España, como la que, a continuación, reproducimos en este trabajo, junto con otras representaciones. Sin embargo, lo que podemos considerar insólito es que el famoso filósofo Voltaire, en su valioso estudio conocido como “Filosofía de la historia” (publicado en 1765), en primer lugar, haya dedicado muy gentilmente su obra a la princesa Catalina Segunda, de Rusia y luego desbarre contra nuestros pueblos nativos:

“A la muy alta y muy augusta princesa Catalina Segunda, Emperatriz de todas las Rusias...”. Así comenzaba la versión en idioma ruso (así también será en la edición francesa), lo que comprobé unos años después, cuando en mi país, adquirí un ejemplar en español, el año 2004 (Voltaire, 1990). Sin embargo, al referirse a nuestros pueblos de *Abya Yala*, la Patria Grande, de la que en la actualidad se consideran parte intrínseca todas las naciones de Latinoamérica, del Caribe y Norteamérica, insólitamente, el ilustre pensador francés, ya mencionado, incurre en expresiones no solamente erróneas, sino sobre todo descomedidas e injustas, ¡sin duda considerando equivocadamente, que las chozas son originarias de nuestra América precolombina y, por lo tanto, producto de pueblos sin cultura, atrasados e incluso salvajes! Leámoslo:

... Para que una nación se convierta en un cuerpo organizado y sea poderosa, aguerrida, sabia, es necesario ciertamente un tiempo prodigioso. Pensad en América: no había allí más que dos reinos, no se había inventado todavía el arte de la escritura. Todo el resto de ese vasto continente estaba dividido, y aún lo está, en pequeñas sociedades que desconocen las artes. Todos estos pueblos viven en chozas (;-?); se visten con pieles de animales en los climas fríos y van casi desnudos en los templados (;-?). (Voltaire, 1990)

Véase a propósito de estas curiosas e injustas afirmaciones del afamado pensador, su prestigiosa obra, *Filosofía de la Historia*, Capítulo III “De la Antigüedad de las Naciones” (p. 12). Realmente este reconocido pensador, singularmente uno de los grandes representantes de la Ilustración y connotado filósofo, paradójicamente tuvo juicios de valor y generalizaciones sobre la vida de los pueblos nativos de nuestra América, cargados de negatividad, que revelan el desconocimiento y, asimismo, la arrogancia que tenía al escribir su *Filosofía de la Historia*.

Pero el afamado filósofo alemán, Georg W. Friedrich Hegel, tampoco se quedó muy atrás de su predecesor, e inclusive, me atrevería a manifestar que sí tuvo un amplio conocimiento de *Filosofía de la Historia* de Voltaire. Únicamente nos concretaremos a citar un

par de fragmentos de su famosa obra, (ya mencionada y que fue publicada post mortem), singularmente unas cuantas líneas de la “Introducción”, que contiene nada menos que ¡87 páginas en la versión española!, a fin de que el lector en la lengua de Cervantes se entere correctamente:

... De América y de su cultura, especialmente de México y Perú tenemos informaciones, pero estas demuestran que constituyen civilizaciones primitivas, surgidas por circunstancias naturales, y hubieron de desaparecer cuando entraron en contacto con el espíritu ... Los indígenas nativos han sucumbido en vastas regiones al hacerse presente la influencia de la actividad europea.

Y de inmediato, el sesgo a favor de los conquistadores y colonizadores de Norteamérica. Esa es una diferencia sustancial:

En los estados libres de Norteamérica todos los ciudadanos son virtualmente descendientes de pueblos del viejo mundo, con los cuales no lograron mezclarse los antiguos habitantes y por lo mismo hubieron de refugiarse en las comarcas donde aún no había llegado el hombre blanco. (Hegel, 1976, pp. 68-69)

Sin lugar a dudas, Hegel, uno de los grandes pensadores y no exclusivamente de su tiempo, sin embargo, lamentablemente revela en esa fundamental obra publicada post mortem, a más de la actitud despectiva, la lamentable realidad de que ... ¡no conocía ni a los pueblos nativos de América, y ni se diga las crueldades de los conquistadores, en general, desatadas en el nuevo continente, en su conjunto! o, si algo conocía, disimuló de una manera vergonzosa. Aprecie el lector, además, el argumento realmente inconsistente, carente de convicciones y razonamientos firmes para justificar las crueldades de los conquistadores europeos: “Los pueblos nativos han muerto en vastas regiones, con solo hacerse presente la influencia de la actividad europea”.

Así, se atenta contra la verdad, contra la realidad, y aquello no puede considerarse ético, ni constituye un concienzudo estudio histórico, por lo que procede preguntarnos: ¿qué sucedió con ese

celebrado talento de Hegel, con su reconocida capacidad de discernimiento? No lo sabemos. De adehala, se deduce que Hegel no conocía los clásicos españoles en esta cuestión, como Bartolomé de las Casas, Cieza de León, Francisco López de Gómara y otros. Asimismo, queda en evidencia que fue un fiel luterano, desde sus estudios en el seminario Sttift, Tubinga, hasta su muerte. Por lo brevemente expuesto, puede comprenderse sus ataques recios e injustos, “que se encuentran orientados contra los habitantes originarios de la América del Sur y de Centro América, a los cuales, conforme nuestro criterio, descarga el mayor desdén, y erróneamente argumenta, que desaparecieron... **¿cuando entraron en contacto con el espíritu!**” Es textual lo transcrito, y el afamado filósofo, aunque no tuvo el suficiente temple para especificar quién mismo fue ese espíritu exterminador, en su orden, destaca lo que él denomina como los “estados libres de Norteamérica”, dando a comprender que en Norteamérica, los conquistadores y colonizadores, no se mezclaron con los nativos ni se diga con los afrodescendientes, razón por la cual, se deduce que los ciudadanos de Norteamérica, es decir los Estados Unidos de Norteamérica y Canadá, con algunas excepciones, fueron descendientes, en su gran mayoría, de pueblos del viejo mundo, primordialmente anglosajones (Hegel, 1976, pp. 68-70).

¿Qué podríamos agregar al respecto? Que siempre se presentarán exageraciones muy injustas, inaceptables, incluso ofensivas, para justificar las atrocidades de la conquista, tanto en Norteamérica, como en el Caribe, Centro y Suramérica.

Lo cierto es que, en nuestros pueblos originarios, con sus casas de barro o piedra, de forma rectangular y con cubierta de paja, tenían en su interior un fogón o “tullpa”, en la lengua nativa, una cama modesta en un cuarto y en un lugar próximo se encontraban los cobayos, sin que falte el más fiel de los mamíferos al ser humano, conocido en el idioma quichua como “allcu”. Nos referimos al perro suramericano, que cuidaba la casa. Es indudable que, en este asunto, igual que otros pueblos, se encontraban en una sociedad en proceso de transición, hacia una nueva organización, pero en diferentes grados de desarrollo, procesos que fueron truncados por la violencia

extremada de conquista y colonización, cuestiones que para nada tomaron en consideración ni Voltaire, ni Hegel.

Retomando el tema en exposición, también hemos considerado procedente anotar que las armas que utilizaban los cañaris, como otros pueblos ancestrales, eran macanas, destrales, propulsores, y para hacer la guerra se pintaban el rostro. Cada tribu tenía su jefe-*curaca*, *cacique* o *sinchi*. Procede señalar que este último término, originalmente significaba: 1: fuerte, firme, resistente, y en una segunda acepción, valiente (Chimbo Aguinda y Ullauri Velasco, 2008). En su orden, los conquistadores europeos, disponían de armas muy superiores: las de fuego, merced a la pólvora, que fue invento de la cultura China y para la movilización, del caballo, de los que se carecía en nuestros pueblos, excepto el equino que sí existía en Norteamérica, igual que el búfalo, al que lo extinguieron por la irresponsable cacería de la que fue víctima.

Finalmente, destacamos que los jefes de las organizaciones tribales y de los pueblos, en general, disponían de una servidumbre que le cultivaba sus campos, labor que, a poco de la guerra con Atahualpa, principalmente desempeñaban las mujeres por el notable exterminio de los varones. La poligamia no era desconocida, pero se ha considerado que esta fue primordialmente de los jefes tribales.

El vestuario

Para confeccionar su vestuario, primordialmente utilizaban la lana y el algodón; los *zamarros* que usaban y que constituyen hasta hoy algo muy característico, eran acolchonados, de plumas, lana o algodón y usaban especialmente en la guerra, sirviéndoles para amortiguar los golpes. Utilizaban una manta que hoy se le conoce como *poncho*, peo que tenía nombre propio: *yacaylla*, además utilizaban una especie de túnica que se denominaba *uncu* o *cumbi* y para el calzado, la *uzhuta*, especie de sandalia. Un distintivo especial de los cañaris, era el uso de un aro de madera que se colocaban en la cabeza de cabellos largos recogidos en trenza. Por el uso de dicha rodela se les denominaba *mati-umas*, es decir “cabezas de calabaza” (véase figura 1).

Gobierno

Durante la época de la conquista hispana, la nación cañari se encontraba en un proceso político de formación del Estado. La *confederación*, como dice González Suárez, estuvo formada de numerosas tribus que tenían su jefe o sinche, con un gobierno autónomo. Para la defensa común, para resolver las necesidades que afectaban a toda la colectividad, se reunían en una especie de asamblea, presidida por el régulo de la tribu más importante, que parece fue la de *Hatún Cañar*, pues, todas las relaciones de los cronistas están acordes en llamar como el asiento principal a *Hatún Cañar, es decir el Cañar Grande o el Gran Cañar*, que en la actualidad constituye el segundo cantón en importancia, de la ilustre provincia del mismo nombre.

El padre Juan de Velasco, da cuenta de 25 tribus existentes en la confederación cañari. Es obvio que este dato adolece de algunos errores, pues se aprecia que faltan realmente importantes pueblos, aunque sí constan otros, como aquel que se conoce como Peleusí, que corresponde a la actual ciudad Peleusí de Azogues. Puede consultarse al respecto el trabajo “Historia de Peleusí de Azogues” (Robles López, 1995) así como el “Libro de Azogues” (Robles López, 2004).

Brevemente, señalamos lo siguiente: también existían importantes asientos como Huapán, al norte de la actual capital de la provincia del Cañar, conocida oficialmente, ya hemos señalado, como “Peleusí de Azogues”. Al Sur se encuentra la importante parroquia de *Chuquipata*, que ha sido traducida como *Meseta de los danzantes* y perteneciente a la jurisdicción de nuestra ciudad capital. Cabe destacar que, en tiempos de las luchas por la independencia del dominio de España, Chuquipata, comandada por el sacerdote Javier Aquilino Loyola y Prieto (nacido en Cuenca, 1764-fallecido en Chuquipata, 1831), tuvo un papel realmente protagónico y el pueblo ya mencionado, donde vivió la mayor parte del tiempo, demostró un gran patriotismo.

Desde luego, Fray Gaspar de Gallegos, manifiesta con relación a Chuquipata, lo siguiente: “Lugar de dichas lanzas”. Asimismo “Porotos”, que ulteriormente se denominará San Miguel de Porotos, y Jatumpamba (la Llanura Grande), se encuentran entre los más im-

portantes centros de alfarería cañari. Cabe precisar que el término poroto, deriva del original quichua *purutu*, que, castellanizado, se pronuncia “poroto” y también como frisol o fréjol (Archivo Municipal, 1938). A su vez, al oeste se encuentra el famoso Cojitambo, con dos ayllus importantes: Pillcomarca y Suña, otros asientos menores como Gullanzay y Yolón; al Este Upar, más conocido como Opar, castellanizado; Bibillcay (Luis Cordero), más al Oriente, las tribus de Taday y Pindilig y en los linderos con Morona Santiago, se encuentra el famoso *Ingarirpu*, que en español significa: *espejo del inca*.

Igualmente, al oeste de Peleusí de Azogues, se encuentra el majestuoso Cojitambo, originalmente con dos ayllus importantes: Pillcomarca y Suña.

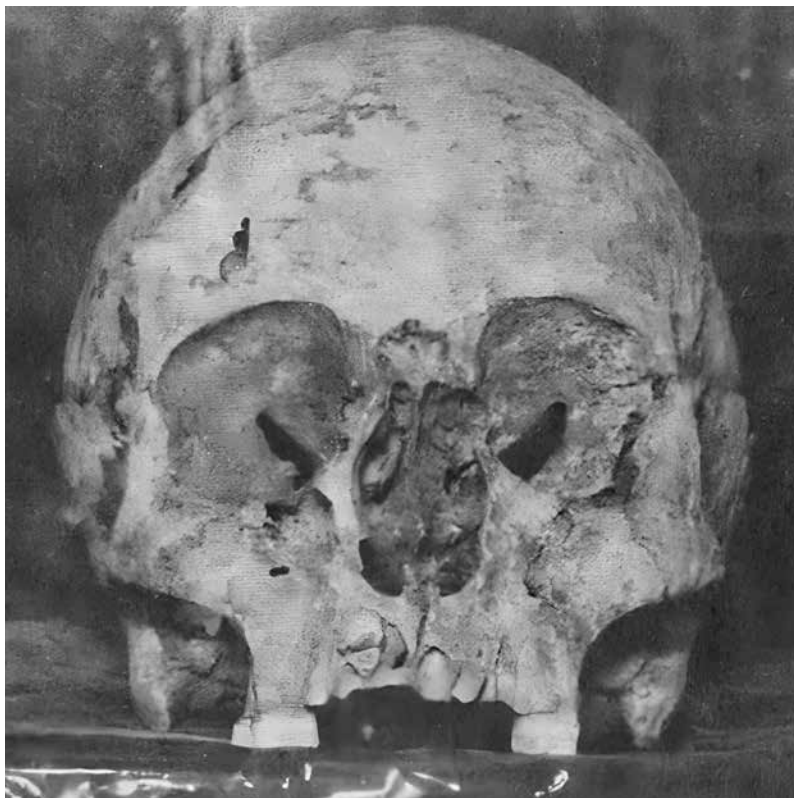
Figura 1

Cañaris, típicamente vestidos, revelan el amor a su tierra, a sus costumbres, a sus ancestrales saberes



Figura 2

Arcaico cráneo de cañari



Nota. Encontrado en una tumba funeraria de Ayancay, Azogues.

Figura 3

Olla cañari



Nota. Procedencia: Toray, Azogues.

Figura 4

Olla cañari



Nota. Procedencia: Cojitambo, Azogues.

Figura 5

Olla cañari



Nota. Procedencia: Cashaloma, Cañar.

Figura 6

Copón votivo, único en su género



Nota. Procedencia: Faldas orientales del Abuga, Azogues.

Figura 7

Medallón metálico con la representación lunar: figura de la Luna (1) e imagen de un ser humano (2)



Nota. Procedencia: Shoray, Azogues.

Capítulo II

Las creencias y la vergüenza

La historia ofidiosa, que en tal caso tiene más de concepción política que de histórica, propiamente, siempre ha tratado de desdenar las tradiciones y creencias de nuestros antepasados, nativos de este mundo de Abya Yala. Lo cierto es que, en aquellas percepciones ancestrales, se ha pretendido ver, sobre todo durante conquista y colonización, no únicamente un paganismo digno de ser combatido y superado, sino también ¡una manifestación de salvajismo!, como si las religiones del denominado Viejo Mundo, singularmente el judaísmo, cristianismo e islam, hubiesen surgido completamente consolidadas y perfectas, desde sus más remotos tiempos, cuestión que no corresponde a la realidad, considerando que la investigación documentada, histórica, ajena a los sesgos y prejuicios, demuestra fehacientemente, que hubo una prolongada evolución en los principales credos religiosos del denominado Mundo Antiguo.

Por lo brevemente expuesto, no hay razón alguna para que nuestros pueblos originarios, deban avergonzarse de sus creencias antiguas, precolombinas, porque esta situación corresponde a un determinado estado del desarrollo histórico por el que necesariamente han atravesado todos los pueblos. Por otra parte, también en el ser humano europeo, inclusive avanzado el Medievo, muchos prejuicios religiosos y supersticiones de lo más insólitas, se mantuvieron con toda su fuerza: desde los adoradores del fuego hasta los que ofendían víctimas humanas a sus dioses. Por ejemplo, en el célebre tratado “La ciudad de Dios” del famoso teólogo San Agustín, ¡todo un capítulo se dedica al problema de dilucidar quiénes fueron los progenitores de la raza de monstruos y gigantes: los descendientes de

Adán o los hijos de Noé! Asimismo, frutos de la fantasía del hombre occidental, y en lo que no siempre reparamos, son tales “maravillas”, como los diablos, sátiros, faunos, brujas, etc., que generalmente han engendrado un credo dominado por el miedo. Asimismo, recordamos, que existe una representación del evangelista Juan, tomado del culto a los animales del Antiguo Egipto, que en su rostro tiene un pico como el de un ave de regular tamaño.

No existe exageración en lo manifestado, y para demostrar lo sustentado, transcribimos textualmente lo que señala el ilustrado y también pundonoroso autor español, José Antonio Piqueras, en su reveladora obra:

¡... Desde La Española, Puerto Rico y Cuba armaban expediciones a las islas vecinas y a Tierra Firme, que gráficamente llamaban “vendimias”, para capturar indios a los que herraban en el rostro y el muslo con la marca del rey y después se los repartían y vendían. Unos centenares de indios esclavos, en torno a un millar, fueron enviados a España desde el Caribe y Cartagena, antes de 1503, para ser vendidos con el ofrecimiento desde 1493 del propio Colón de estar en condiciones de suministrar cuantos demandaren y pudieran ser vendidos en la península, al igual, dijo, que los portugueses hacían con los negros de Guinea. Una real cédula de 1504 alentaba a hacer la guerra a los indios rebelados o resistentes a ser sometidos, prometiendo darlos por esclavos con reserva de un quinto para la Corona. La “F” de Fernando marcada con hierro candente, fue el primer conocimiento que muchos nativos tuvieron de la Monarquía Católica Universal. (Piqueras, 2011, pp. 61-62)

Asimismo, los conquistadores de México y el Perú, provenientes de la muy culta y cristiana España, estuvieron convencidos que encontrarían en nuestro continente muchos seres míticos y monstruos, que figuraban con generosidad en la literatura medieval: gigantes, dragones, pigmeos, grifos, muchachos de cabello canoso, personas con rabo; otros sin cabeza, con fuego en los ojos, las brujas ya mencionadas, etc.).

Lo brevemente relatado, no constituye exageración alguna, reiteramos, cuanto que el gobernador Velásquez ordenó a Cortés

buscar en el país de los aztecas, ¡nada menos que a los monstruos con orejas colgantes y hocicos de perro! Creían, igualmente, que en algunas islas del Caribe se podrían encontrar con el mismísimo ¡señor diantre! Y don Francisco de Orellana, famoso por el descubrimiento del gran río Amazonas, comunicó muy serio y convencido, que durante su legendario viaje de 1540-1541, los españoles habían encontrado a mujeres guerreras, a quienes denominaron ... ¡Amazonas! Por supuesto, cabe recordar que la famosa leyenda de las Amazonas, no es original de Francisco de Orellana, pues se encuentra descrita por primera vez, en los relatos del famoso historiador griego Heródoto, y es conocida en la tradición oral de no pocos pueblos de la antigüedad, probablemente como reminiscencias de los inmemoriales tiempos del matriarcado, o inclusive, más antiguamente, de las primeras representaciones del ser humano, ¡correspondientes no a varones, sino a mujeres grávidas, de los remotos tiempos del Paleolítico Superior e Inferior, hace entre 25 000 y 7000 años antes de nuestra era, respectivamente!

En cuanto se refiere a nuestra América, también se conocieron representaciones similares, pocos siglos más tarde, como es el caso de la Venus de Valdivia. Asimismo, se asevera que las estatuas de los mayas fueron sustituidas por las de los santos del catolicismo, pero que la concepción fundamental fue siempre la primigenia, de la religión vernácula, es decir del credo de tiempos precolombinos.

Luego, con el bautizo se suplantó al antiguo rito del lavado purificador del recién nacido, aunque el objeto y el resultado siempre fueron los mismos: “rescatar al infante del mundo animal”, para integrarle al reino de los seres humanos).

Y es que la tenacidad de los pueblos nativos, sigue “gritando” fuerte, a través de Pachacamac el creador del Universo, ser supremo parigual de Viracocha; de su benefactor Dios Sol, que asegura la existencia a las plantas y animales; de la diosa Luna, siempre enigmática y guía de caminantes.

¿Por qué, entonces, debían avergonzarse de estas divinidades los denominados “Hijos del Sol”? ¿Y debieron ser reprimidos por creer en una antigua leyenda, sobre la Sierpe progenitora o las dos

guacamayas, que según la leyenda salvan a los hermanos cañaris de una segura muerte a consecuencia del denominado diluvio? Similares relatos se han encontrado en varios lugares, tanto del denominado Viejo Mundo, como en el Nuevo. Para muestra, ahí se encuentra la primera versión del denominado *diluvio universal*, sucedido, según el antiguo relato, en Mesopotamia, que traduce “País entre ríos”, en referencia al Éufrates y el Tigris. Pues bien: aquella gran inundación se había producido ¡3000 años antes de nuestra era! (o 3000 antes de Cristo), con sus principales personajes Gilgamesh, Enkidu y Utnapishtin. Por otra parte, aquí en nuestra América Precolombiana, o para expresarnos con mayor propiedad, en esta tierra de *Abya Yala*, no existía el terrorífico demonio con cascos y cuernos, el dragón que arrojaba fuego por boca y narices, el temible basilisco que sembró pavor en la Europa del medievo. Y lo más digno de tomar en consideración, radica en que ¡a ninguna divinidad le crucificaron, horrible ejecución, por culpa de los seres humanos! Eso sí, con una aclaración indispensable:

El pueblo judío, si es que realmente hubo la crucifixión del “Mártir del Gólgota”, no fue el responsable de tal ejecución a Jesús, que luego de esa muerte martirizante se le conocerá como Jesucristo. Entonces, ¿quiénes crucificaban a los acusados de algún horroroso delito? Primordialmente el régimen romano de aquellos ya lejanos tiempos, así como el poder político-religioso de otros pueblos de aquella región; en su orden, los judíos tenían otros castigos, también evidentemente espantosos: la *lapidación*, es decir el lanzamiento de piedras hasta provocar la muerte del acusado, que no podía moverse; por tal razón había esa prevención: “el que se encuentre libre de pecado, que lance la primera piedra”; pero igualmente disponían de otra forma de liquidar al acusado por haber cometido un crimen, que igualmente era espantosa: el *empalamiento*. Realmente era algo terrible, porque moría en medio de torturas que producían un enorme terror: la gradual asfixia; la *evisceración*, fue otra muerte espantosa: al condenado se le amarraba de pies y manos a un madero, y se le hacía una incisión en la región del vientre, por manera que a cada esfuerzo que hacía la víctima, se abría un poco más el vientre, hasta

que, en determinado tiempo, las vísceras colgaban y la víctima moría en medio de indescritibles tormentos. Y finalmente había una última forma de liquidar a los traidores: se les despeñaba desde una considerable altura. En esta forma se considera que fue ejecutado Judas, acusado de traidor.

Capítulo III

Fenómeno de la conciencia social

La religión como un fenómeno de la conciencia social, no individual, de raíces sociales y gnoseológicas, en que las fuerzas naturales y la realidad se reflejan en modelos fantásticos, ilusorios, estuvo presente en la cultura cañari, revelada en un tipo clánico-tribal bien elaborado y en el que se habían superado aquellas formas predecesoras como la magia, totemismo, fetichismo y animismo, aunque se hayan conservado profundas reminiscencias de estas, especialmente en el culto agrario, en la cosmogonía y en las leyendas sobre el origen de dicha nación cañari.

Las divinidades cañaris fueron numerosas. La religión de esta gran cultura precolombina, propiamente fue politeísta con sus demiurgos, tótems y divinidades protectoras, especialmente del agro, fundamental ocupación de su pueblo. En ella se pueden encontrar todas las formas predecesoras de las religiones propiamente dichas, como el totemismo que consiste en la creencia en relaciones sobrenaturales y de parentesco existentes entre una colectividad humana y determinado tipo de animal, planta u objeto. Típico ejemplo de esto, como veremos posteriormente, constituye el tótem Guacamaya.

A las creencias primitivas pertenece igualmente la magia, que, si bien no duplica el mundo en natural y sobrenatural como se supone que esto hace una verdadera religión, no obstante, considera que, en las gentes primitivas, existe la fe en la posibilidad de influir en determinada actividad natural, mediante ciertas acciones simbólicas como los exorcismos, danzas rituales, conjuros, cantos, etc. Es decir que estas acciones simbólicas toman un cariz sobrenatural, pero no más que esto.

El fetichismo del portugués *fetiko*, consiste en la creencia en las propiedades sobrenaturales de determinados objetos materiales como la cruz, amuletos, ídolos, talismanes, etc., lo que encontramos en no pocos casos en el culto de nuestros antepasados.

A su vez el animatismo, del latín *animatus*, consiste en la vivificación o animación de los fenómenos naturales; en la personificación de la naturaleza, como hacían los cañaris con las montañas; son los casos del Abuga, Cojitambo, Azuay, etc., o con las lagunas, como Culebrillas y Leoquina. Precisamente las reminiscencias inmemoriales de este culto pre-religioso, se conserva hasta nuestros días bajo el ropaje de leyendas cosmogónicas y del origen de la mal denominada raza que, en cambio, resultará grata a los oídos de los partidarios del racismo y de la existencia de las razas humanas.

En un ulterior periodo de desarrollo de las fuerzas sociales, del colectivo consciente, cuando de la sociedad más primitiva de simples recogedores de frutos, de cazadores nómadas y ganaderos trashumantes, se transita a la sociedad gentilicia de agricultura y ganadería sedentaria, merced al perfeccionamiento de los medios de producción y una incipiente división del trabajo, pero al mismo tiempo conservando la pesca, la caza, la recolección de frutos, a cargo primordialmente de los varones. En tales condiciones, en los llamados Viejo y Nuevo Mundos, surgió el animismo, de “ánimus” —ánima o alma, términos que revelan la creencia en los espíritus, en las almas —unos y otras invisibles para el ser humano— en su condición de entidades independientes y de vida eterna, proceso que tuvo, a su vez, un gran rol en la formación de representaciones de nuestros lejanos antepasados, como el demonio —“*supay*”, la sombra del doble— “*supan*”, y otros. El animismo que constituye la antesala de una verdadera religión, posiblemente surgió en los cañaris después de que se presentara la posibilidad de una ilusoria dualidad del mundo existente, en real (terrenal) e irreal (sobrenatural).

Por supuesto que existe cierta diferencia entre el dualismo religioso y filosófico. En efecto, el dualismo (del latín *dualis*-doble), como una creencia de pueblos ancestrales, sean del Viejo o del Nuevo mundo, estimaba que el universo se encontraba constituido por

dos principios, uno y otro fundamentales y eternos. En su orden, el dualismo filosófico, parte de la tesis que reconoce la igualdad de los dos principios, contrarios al monismo. Este término se cree que fue utilizado por primera vez por Thomas Hyde (Ferrater Mora, 2001; Аверинцев y otros, 1989; Real Academia Española, 2021).

Con la transición de la caza y la pesca, así como de la recolección de frutos —tareas fundamentales, que desde luego permitieron la sobrevivencia, en tiempos más remotos— a la agricultura y la ganadería, se condicionó el surgimiento de representaciones y ritos pre religiosos y religiosos, de mayor complejidad. Sin duda fue la transición gradual del totemismo al antropomorfismo, en el cual los “espíritus” poseen rasgos humanos. En nuestra tierra cañari, de los tiempos del agro, se pasa gradualmente de las formas predecesoras del culto, a la antigua formación religiosa, ¡en la cual se establece el culto de la divinidad o demiurgo que muere y vuelve a nacer! Esto sucede, justamente, con el demiurgo serpiente: desaparece en la laguna para no aparecer jamás, es decir fenece; pero, paradójicamente, se encuentra en las profundidades de la laguna, a donde los cañaris hacen romerías para rendirle culto. Esta es, la sierpe progenitora que muere, y luego de resucitar, se encuentra habitando en el fondo inaccesible de la laguna. Semejante culto no es otra cosa que el reflejo mitificado de lo que en realidad sucede: los animales y plantas que nacen, crecen, se reproducen, agotan su ciclo vital y finalmente mueren. De manera que aquella “resurrección”, constituye el fabuloso e incomprensible fenómeno para la gente de la sociedad antigua, y que, con relación al surgimiento de la vegetación, aquello es factible gracias a la semilla colocada en tierra fértil. Tal creencia religiosa, en una u otra variante, es inherente a la absoluta mayoría de credos religiosos del mundo antiguo. Y en el mundo del ser humano, en general, no es menos diferente, pero sí algo más sofisticado, como suele decirse.

En la descomposición de la comunidad primitiva y el comienzo de la organización de clases, de la diversidad de espíritus se pasó a la formación de los representantes más poderosos del mundo sobrenatural, esto es la creación de los dioses. Desde luego, este aspecto no estuvo consolidado en los cañaris, que tenían su demiurgo la sierpe;

su tótem, la guacamaya; sus dioses supremos Pachacámac y Pachamama; el Dios Sol y la Diosa Luna, etc., etc.

En el período de la sociedad tribal, la religión sufrió serios cambios, pero todavía estuvo lejos de transformarse en un riguroso sistema dotado de un complejo culto y con una casta sacerdotal consolidada. Por esto mismo determinados cultos coexistieron con otros: el de la serpe progenitora y de la guacamaya tótem, el del sol y del lucero de la mañana.

En el politeísmo cañari, cada divinidad interviene como la personificación de determinado fenómeno de la naturaleza, de la comunidad e inclusive del consciente colectivo, pero al mismo tiempo conserva reminiscencias de formas predecesoras, con un sistema de cultos y una especial jerarquía, reflejo del mundo terrenal, lo cual portaba los destellos de lo que pudo trocarse en religión de carácter nacional, estilo judaísmo, hinduismo, sintoísmo, si este prolongado proceso cultural no hubiera sido truncado violentamente por la espada y la cruz de los conquistadores españoles.

Capítulo IV

El porqué de teogonía y demiurgos

Primeramente, unas indispensables puntualizaciones sobre el significado tanto de teogonía como de demiurgos, igual que del siempre enigmático tiempo y del lugar donde surgieron estos términos.

De acuerdo con la concepción mítico-religiosa, que prácticamente se ha consolidado, teogonía, nombre de origen griego, significa la generación de los dioses o divinidades. Concretamente, viene a ser el nombre dado al conjunto de divinidades que forman el sistema religioso de un pueblo politeísta. Por eso hablamos de teogonías hindú, griega, romana, y en el presente caso, de la teogonía cañari. Es decir, el conjunto de mitos y creencias sobre el origen de los dioses que encarnan las fuerzas espontáneas de la naturaleza.

En algunas teogonías, el cuadro del cosmos fundamentado en las representaciones animistas, entraña una cadena de divinidades que nacen y mueren, reproduciendo simbólicamente el proceso de la naturaleza, particularmente el de la flora.

En su orden Demiurgo, igualmente nombre griego, se entiende como el divino creador y ordenador del mundo. Asimismo, debemos señalar que los dos nombres, son notablemente antiguos y precedieron aproximadamente en tres siglos al cristianismo; tan es así, que este nombre se encuentra en el famoso “Timeo” de Platón, el maestro de Aristóteles.

El primer intento de describir y sistematizar las mutuas relaciones de conocidas divinidades, fue llevado a cabo por el antiguo poeta griego Hesíodo (8 -7 siglos a. n. e) (Новиков, 1986), según el cual la diosa Gea, fecundada por Eros, engendró a Urán, de cuyo matrimonio se originó toda una serie de divinidades que encarnaban las fuerzas

de la naturaleza. Relacionando con este proceso del Mundo Antiguo, consideramos importante señalar que, en nuestros antepasados cañaris, en tiempos precolombinos, también empezó a revelarse esta teogonía con sus divinidades que representaban las fuerzas desconocidas de la naturaleza, y los demiurgos y tótems que completaban el cuadro cosmogónico del legendario pueblo cañari.

Y asimismo hablamos de demiurgos en la cultura cañari, por cuanto según la concepción de los gnósticos, adeptos de un sistema filosófico y religioso de los primeros siglos del cristianismo (se distinguen el gnosticismo “judaico”, “pagano” y el vinculado al cristianismo), nos recuerdan que demiurgo también quiere decir el *alma universal*, principio activo y creador de un mundo material con su mal y pecaminosidad.

Por supuesto que el concepto de demiurgo es más antiguo todavía, y ya fue utilizado por el filósofo idealista Platón, en cuyo sistema tiene una significación de categoría filosófico-teológica conforme la cual ese demiurgo es aquella divinidad creadora del mundo a partir del eterno caos, a diferencia de otras divinidades que crean el mundo de la nada.

No obstante, es necesario destacar que lo mítico-cosmogónico de la cultura Cañar se diferencia notablemente de lo mítico de la sociedad primitiva, en razón de que en esta no existe la representación de lo sobrenatural, de ultratumba. El conocimiento generalizado o global en la arcaica sociedad todavía no se separaba de la práctica cotidiana. Por ello, si bien la mística remota del cazador errante o el agricultor sedentario de la prehistoria no conoce el “mundo espiritual” sobrenatural, en cambio en el cañari es diferente: existen sus divinidades, una cosmogonía en proceso de perfeccionamiento que quedó trunca, y una teogonía de lo más sobresaliente del Ecuador precolombino.

¿Qué es lo más destacado de la teogonía cañari? Sin lugar a dudas la profundidad que tienen sus leyendas cósmicas, en cada una de las cuales se encuentra un drama sobre el origen de su estirpe, matizado por un interesante mito. Este es el caso de la leyenda sobre el diluvio universal, del gran demiurgo sierpe, de la divinidad lunar, del tótem guacamaya.

En las religiones primitivas, creadores y guardianes de los preceptos religiosos, se consideraba a los antecesores totémicos, a los espíritus; posteriormente son las divinidades y en las religiones monoteístas, Dios.

Entre los cañaris existía un nexo cósmico-biológico entrañable, muy profundo, entre la tierra y los seres y objetos engendrados por su vientre. Solamente así puede explicarse el determinante rol de la serpiente, del *ara* o *guacamaya*, pero igualmente de las cumbres del tótem, *Abuga* y *Azuay*, de la madre *zara* (maíz) y la *patata* o *papa* (hasta hoy en día, al norte del cantón Biblián, todavía se encuentra un terreno algo elevado, que se conoce como Papa-loma, que se traduce *Loma de la papa*. Igualmente se cuenta con otro topónimo muy interesante, *Pachamama*, que significa *la tierra o más propiamente la Madre Tierra*, divinidad del bien que se muestra generosa haciendo madurar los frutos. Finalmente, en la psicología religiosa del cañari, si es que emprendemos un viaje hacia su alborada, se puede apreciar correctamente definida su manera de comprender el mundo a través de los protagonistas del mito fundamental: el de la serpiente y las guacamayas, creadora y progenitoras, en su orden, de la nación cañari. Es que el ser cañari —mujer y varón— estuvo profundamente vinculado con todo lo que significaba su mundo, al que amaba entrañablemente: primordialmente con la tierra que aseguraba su sustento y a la que veneraba por ello; con los majestuosos y solemnes paisajes de los Andes que le incitaban a la reflexión; con las soledades sobrecogedoras y hieráticas de los páramos dominados por los vientos fríos, que imprimen en la psicología del habitante de las alturas un carácter reposado, proclive a la elucubración filosófica y a la poesía; con sus montañas y lagunas, santuarios de dioses progenitores y tótems; con el sol y la luna que servían de referencia para las vitales labores del agro y como medida del tiempo; con los árboles majestuosos e imponentes, cuya desaparición debió causarles tristeza; por esto mismo existía una canción popular, ya consolidado el mestizaje, que hace unos 70 o 75 años, aproximadamente, canturreaban nuestros mayores. Le recuerdo primordialmente a mí inolvidable progenitora

que canturreaba muy emocionada: "...Árbol, árbol, árbol frondoso y florido, cuando te veo sin hojitas, te miro desconocido..."

En el caso particular, existe una explicación: mi madre, la primera mujer bachiller que tuvo la provincia del Cañar, década de los años treinta del siglo pasado, se formó y graduó en el primer colegio laico de aquellos tiempos, el "Juan Bautista Vázquez". Pero lo no menos valioso, toda su vida de educadora sirvió a la niñez en escuelas del campo y en aquellos tiempos inolvidables, dicha canción, reitero, estuvo de moda.

Lo cierto es que, únicamente comprendiendo estas cuestiones, brevemente relatadas, es factible explicarse el recio nexo ser humano-tierra, así como la fecunda mitología del pueblo cañari.

Capítulo V

Dioses cosmogónicos

Si bien el culto a la serpiente y a la guacamaya constituía lo más trascendente de la mitología cañari, existen otros aspectos mítico-religiosos que sitúan a la cultura de nuestros antepasados como poseedora de uno de los sistemas teogónicos y de demiurgos más importantes del Ecuador precolombino.

Los cañaris, que desde su origen hacen honor a su demiurgo la serpiente (*Kanarii-Descendientes de la serpiente*), tenían por dioses supremos a Pachacámac la divinidad creadora o guardián del Universo, similar, aunque no idéntica a Ticviracocha, divinidad de paralelas funciones entre los incas y de neto origen mochica; y a Pacha-Mama, la Madre Tierra. Estas dos divinidades, creadoras del Universo y de la vida, no solamente fueron veneradas por nuestros antepasados, sino por todas las comunidades que hablaban, el quichua.

La poderosa divinidad del Sol, —*Inti* en lengua nativa, ya fue objeto de veneración antes de la conquista de los Incas, pero con la llegada de estos se difundió más ampliamente su culto. Igualmente, difundido fue el culto a la Luna, Quilla, que asimismo significa mes. La luna sirvió de fuente de inspiración para construir un perfecto calendario, ¡apenas superado por el que actualmente utilizamos, pero gracias a todos los adelantos de la ciencia y de la técnica!

Lo cierto es que el calendario estuvo constituido de 13 meses con 28 días cada uno, más un día principal destinado al culto lunar, que se adicionaba cada año.

El culto al sol, fuente de la vida, de la luz y del calor, tuvo su razón de ser por la importancia vital del tiempo en una sociedad primordialmente agrícola como fue la nación cañari. Del sol depen-

día que broten los frutos, que germinen las semillas, que las plantas crezcan. Por esta razón Ingapirca, aquello que le corresponde como construcción netamente cañari, constituye el gran templo-observatorio, relacionado con el culto helio-lunar.

En Ingapirca se encuentra el sector *Intihuatana*, que significa *atar el sol*. Esta expresión en la lengua nativa, se encuentra relacionada tanto con la religión, como con un aspecto de la astronomía cañari, pues dicho sintagma viene a ser el calendario del sol. Más adelante veremos otro aspecto interesante de Intihuatana. En su orden, *Intipata*, es el sendero de la parroquia *Shoray* (ya en tiempos post independencia de nuestra patria, pasó a denominarse oficialmente, “coronel Benigno Rivera”), en su condición de jurisdicción del cantón Azogues y significa en la lengua nativa, “Camino del Sol”; designación muy sugestiva e indicadora de la veneración que nuestros pueblos aborígenes guardaban a su divinidad solar. Pero continuemos:

Yupaichay, igualmente nos está manifestando con claridad meridiana que el sol fue una divinidad de los cañaris y de muchas otras comunidades del Ecuador precolombino, pues el referido término, significa adorar, reverenciar al padre Sol. En su orden, *Raymi*, viene a ser la festividad de los equinoccios, festividad que también estuvo dedicada al sol.

Cabe indicar que, entre los antiguos adoradores del sol, sus magos tenían la misión de hacer brillar al astro, acelerar o retardar su rotación. Ciertos pueblos antiguos, consideraban que el eclipse del sol significaba que su luz se consumía y por ello lanzaban al espacio flechas con un extremo encendido, considerando que en aquella forma podrían nuevamente hacer que brille al astro.

Recurriendo a un símil, diremos que los antiguos mexicanos igualmente veían en el sol la fuerza vital, pero creían que, si el luminoso astro entregaba la vida al mundo, en reciprocidad debía recibir la vida de este, en recompensa. Y como el recipiente y símbolo de la existencia consideraban al corazón, entonces para mantener vivo el poder del sol, se le ofrendaba corazones sangrantes de personas y animales. Indudablemente, no podemos negar que este tipo de ofrendas se sustentaba en una crueldad estremecedora, tanto que,

para satisfacer la permanente necesidad de víctimas humanas que nutrían la fuerza solar, los mexicanos con frecuencia desataban la guerra a los pueblos vecinas, tomando muchos prisioneros quienes eran entregados después como ofrendas. Paralelo al culto solar cañari, se veneraba al rayo, denominado *Illampa*. Los quichuas, en general lo consideraban un dios igual que el de los mayas, el *Tziminchae*, y nosotros conocemos que a la gran cultura maya, mexicana, se le atribuye cierta influencia en la nación cañari.

Retomando el tema central, señalamos que el concepto *Pacha*, se encuentra relacionado con el sol y es considerado, simultáneamente ... ¡medida del tiempo!, lo que significa un gran avance en el conocimiento de *cronos*, que en griego es el otro nombre con el que se conocía al tiempo. Pero *Pacha* en la simbología de la cosmogénesis religiosa cañari tiene un sentido más amplio y significa igualmente cielo, comprendiendo por esto “alrededor de la luz del sol”, *soberano, tierra, lugar*.

En su orden, *Auquilla* es el nombre del *lucero de la mañana*, venerado como una divinidad, y al mismo tiempo, constituye un apellido, que traduce *Príncipe que resplandece*. Pero lo que deseo destacar, brevemente, es que, en pocas culturas precolombinas, podemos encontrar tan variadas acepciones y al mismo tiempo un profundo simbolismo, con destellos de un preludio filosófico que empezaba a brotar de aquella primicial concepción del mundo, como la comprendían nuestros hermanos cañaris. con su cosmogonía realmente impresionante. Recordemos, asimismo, aquella mujer del pueblo de los *palta*, que actualmente forman parte de la provincia de Loja, cómo se expresó cuando supo de la violenta muerte que se dio al soberano Atahualpa, en el Perú, durante la conquista española: “*Chaupi punchapi tuta yarca*”, que en español se traduce como: “Anocheció en mitad del día!”.

Volviendo al asunto principal: *El Oráculo*. Este relato mítico-religioso, traducción primicial del latín, “*oraculum*”, constituía la respuesta de la divinidad, sea directamente o por intermediación de sus altos representantes. En el caso del pasado cañari, dicho término se completa con el vocablo *umu*, sustantivo arcaico del quichua

del Ecuador, frecuente entre los cañaris y que, justamente significa el mencionado oráculo. Procede puntualizar que tal rito de las predicciones existía tanto entre los mayas, como entre griegos, egipcios, asirios, caldeos y otros pueblos antiguos y era pronunciado por un sacerdote especial, en un templo, a donde llegaba dicho religioso, encargado de decir el oráculo. Sin lugar a dudas, entre los cañaris debieron ser templos de oráculos y vestales Ingapirca, Huapán, el Sigsig. Este último, pródigo en tumbas, junto con enjoyadas narigueras de oro, brazaletes, discos, cascabeles, aretes, coronas, y el solemne templo, que se encontraba en lo que hoy es la ciudad de Cuenca, engalanado con las vírgenes del sol, dedicadas al servicio religioso y propio de la nación Cañari. Cieza de León, digno de crédito, relata lo siguiente, que confirma a plenitud lo expuesto:

Las mujeres vírgenes que estaban dedicadas al servicio del templo eran más de doscientas y muy hermosas, naturales de los Cañares y de la comarca que hay en el distrito que gobernaba el mayordomo mayor del Inga, que reside en estos aposentos. (Cieza de León, 2005)

El mismo Cieza manifiesta que algunos (cañaris, M.R.) son grandes agoreros y hechiceros, lo que permite suponer que en la nación cañari iba consolidándose la casta sacerdotal, como en otras culturas (maya, caldea, asiria, egipcia, etc.), en las que, un papel principal, desempeñaban los sacerdotes del culto, los vaticinadores, los depositarios de los secretos de la naturaleza, de ciencias que surgían gradualmente, luego de una prolongada acumulación de conocimientos y reflexiones, como la astronomía, agricultura, medicina, etc.

Capítulo VI

Reminiscencias de magia, totemismo y animismo

Sin lugar a dudas, estas formas predecesoras de las verdaderas religiones, se encuentran como sólidos recuerdos en la cultura cañari.

De la magia ha llegado hasta nosotros, mezclado con el mito cosmogónico, el nombre del sacerdote que comunicaba el oráculo, denominado en quichua arcaico *Huillaj-umu*. La palabra *Huillaj*, significa sacerdote, no brujo, porque en tal caso hablaríamos de shamanismo; en su orden, *Huillaj-umu* es la designación del sacerdote que comunicaba el oráculo. Esto tiene su razón de ser, porque si entre los cañaris existieron templos como el de Tomebamba o templos-observatorios como Ingapirca, con sus vírgenes vinculadas al culto solar, paralelo debió ser la existencia de los sacerdotes oráculos, encargados de pronosticar los acontecimientos y transmitir la voluntad de sus dioses.

Para esto ya se contaba, además, con la *Huaca* o *Waca*, que no es otra cosa que “sepulcro” o “adoratorio de la divinidad”, que también significaba figura de “hombre o animal que traen entre sí”, lo que indica o sugiere reminiscencias del antiquísimo culto totémico o más aún, mágico, en el que la figura tallada del tótem o del demiurgo, cargaban sobre sus espaldas durante los ritos religiosos.

En este punto, procede un excursus: el término *Huaca* ha sido admitido en la lengua castellana, con la siguiente grafía y significado: *Guaca*: Originario del Quichua, *Waca* significa dios de la casa. Sepulcro de los antiguos indios, principalmente de Bolivia y Perú —faltó señalar: también de Ecuador—. 2. En América Central y gran parte

de la del Sur, sepulcro antiguo indio en general. 3. América Meridional y Honduras. Tesoro escondido o enterrado. Se cuenta con otras seis acepciones (Real Academia Española, 2021).

Lo cierto es que este elemento tiene relación con el concepto *Usnu*, que en castellano se traduce como “tribunal de juez” y que originalmente significaba “templo de piedra”. Dicho topónimo encontramos hasta la actualidad en la parroquia Cojitambo, jurisdicción del cantón Azogues, lo que constituye una prueba evidente de que, entre los cañaris de dicho sector, el término tuvo su relación con los sacrificios humanos y en una profunda antigüedad, con la práctica del totemismo. Sin embargo, en la traducción popular “huaca”, el significado se reduce a entierro o tumba, mientras que huaquero, es quien busca piezas valiosas, para venderlas como negocio.

Shushubiku, a su vez, es el duende o vampiro, ampliamente conocido en las leyendas populares, que por tradición oral ha llegado hasta nosotros.

Relacionado con el culto mágico tenemos el *huarhuar* o zumo de floripondio, y que traduce “duerme, duerme”. Sin duda, estuvo vinculado con los ritos mágicos de la caza, para obtener el favor de los dioses en el logro de una buena presa, para las prácticas en las que el shamán entraba en trance, con el fin de interpretar la causa del hechizo o para extirpar una enfermedad, producto del enojo de los dioses. Desde luego, es probable que también estuviera relacionado con la medicina, porque en la región Chorrera del cantón Cañar, se encontró un cráneo trepanado con técnica circular y cuya edad se calcula en ¡1500 años antes de nuestra era! (a. d. e.), o antes de Jesucristo (a. J.C.!), que significa lo mismo. El *huantug* o *huarhuar*, produce un sueño profundo, con embotamiento de la sensibilidad, y de confirmarse que los cañaris practicaban la cirugía craneal, debieron utilizar este producto para la narcosis.

Layka se denominaba al brujo o hechicero, que debía tomar la pócima alucinante del *huarhuar*, para llevar a cabo sus actos mágicos.

Del rito arcaico tenemos también el recuerdo del *Chusalunku* o *Chusalungu* (españolizado: *chuzalongo*), mitológico personaje que, a la manera del sátiro de la mitología griega, perseguía a las mujeres jó-

venes y hermosas; sin duda se trata de un ser, que la fantasía de cañaris y otros pueblos hacía habitar en montañas y bosques. La tradición lo describe pequeño de cuerpo y dotado de una fuerza extraordinaria.

Del totemismo ha llegado hasta nosotros el *Mallku* que traduce “cóndor viejo de poder sobrenatural”. Esta enorme ave fue siempre venerada por los cañaris, igual que el búho al que llamaban Cuzcungu, término que traduce “pájaro que conoce lo sagrado”. Del búho existen muchas representaciones en la cultura cañari, inclusive un topónimo por demás sugestivo: Cuzcungo-huacana, esto es “búho que conoce lo sagrado, que llora”. Tal topónimo se encuentra no lejos de Huapán, sepultura del templo, y del célebre *Abuga*, el *Huacapñán* de la leyenda, lugar de veneración de otro tótem, la guacamaya. El búho como tótem, ya hemos manifestado, se considera que es originario de la cultura maya.

Huauqui, igualmente se trata de un tótem, pues en quichua arcaico significa *jefigie de madera!*, cuestión que prueba, hasta la saciedad, que figuras de aves labradas en madera, arcilla, alabastro, metal, etc., como las de la guacamaya o búho, fueron tótems.

Relacionado con las huellas del culto totémico, tenemos *Apachita*, “adoratorio de los caminantes”, probablemente vinculado con la veneración a los dioses encarnados en la naturaleza como los ríos, montes, piedras, plantas y animales.

El fetichismo mantiene sus reminiscencias principalmente en el culto agrario. Un fetiche o talismán denominado *Chacra-inca*, encontrado en varias excavaciones cañaris, consistía en una figura en forma de media luna de plata que, como adorno se colocaban en la frente, durante las fiestas agrarias de junio. Estuvo identificado exclusivamente con el culto agrícola y su nombre significa “Protector de la siembra de maíz”, que como sabemos, constituyó uno de los principales cultivos precolombinos en unión de la patata. El rito destinado a impetrar de los dioses el favor para que no se congelen los sembríos, durante los fríos meses de junio y julio, consistía, precisamente en colocarse dicha media luna en la frente y pedir ayuda a sus divinidades.

Otro tipo de culto religioso es el *Llauto*, especie de corona o diadema que fue distintivo de algunos encumbrados jefes cañaris. El *ulti*, talismán con la figura de una llama, fue utilizado por los cañaris y muy probablemente por otras tribus, para lograr de sus dioses el beneficio de la fecundidad y el aumento de sus hatos de camélidos. Esto se hacía porque consideraban que los camélidos (como los rinocerontes africanos), poseían propiedades eróticas, en razón de lo prolongado del acto sexual en esta especie. Dichos talismanes, estuvieron destinados para pedir el celo para sus animales.

Si bien no hubo entre los cañaris una clara concepción de alma, como de esta se tiene en algunas religiones, sin duda más avanzadas en la reflexión intelectual, lo que les ha permitido considerar y creer en una sustancia tanto espiritual como inmortal, es decir que no tiene fin, que nunca muere. Sin embargo, nuestros pueblos nativos contaban con el término *supán* (Torres Fernández de Córdova, 2002), que significa “sombra de persona o cosa”, para designar de una manera todavía bastante ambigua e indeterminada el alma, comprendida como existencia sobrenatural e inmaterial. Más propiamente *supán* es algo como la imagen que proyecta un cuerpo. Pero indudablemente, sí tenían una noción de la vida en ultratumba, porque en los entierros, especialmente de los jefes de tribu, se acompañaba al difunto con objetos y comida, que debía utilizar en el “más allá” e inclusive tal acompañamiento podía ser con sus mujeres más amadas.

Por otra parte, el rito *Champayay* estuvo muy difundido entre los pueblos nativos de Azuay y Cañar y todavía se conserva en algunas comunidades de estas provincias. Consiste en lavar la ropa del difunto o deudo, al quinto día de su fallecimiento, dejan a secar al aire y luego colocan en la cama del muerto reproduciendo la forma de su cuerpo y velando durante toda la noche. Este rito se acompaña de oraciones para que el “alma” no sufra en el más allá. Existe una especie de maestro de ceremonias para dirigir las oraciones. Finalmente se reparten las prendas entre los familiares.

Igualmente, la demonología no estuvo todavía bien estructurada y por eso hemos manifestado que la religión se manifestaba dentro de las estructuras sociales todavía precarias: el clan y la tribu. Para

nuestros antepasados como posiblemente para los de otros pueblos del Ecuador, *Supay* encarnaba lo que nosotros podríamos decir el demonio o diablo. Pero no tenían exactamente el mismo concepto que de este maléfico ser sobrenatural poseen religiones actuales, como el judaísmo, cristianismo, islam, hinduismo, taoísmo, budismo, etc., entre las más importantes; esta concepción no estuvo plenamente desarrollada entre los cañaris y, más aún, podemos afirmar que el término no encarnaba o personificaba al espíritu del mal, en la forma como ahora lo imaginan y entienden varias de las religiones modernas.

Lo señalado se comprueba porque su significado es: “Gran burlón”, “Gran malicioso” y originalmente, al decir de M. Moreno Mora, se escribía Jo-pai (Moreno Mora, 1955).

Desde luego, este término existía en Cañar y un topónimo del cantón Biblián, provincia del Cañar, se conoce como *Cuitún*, que significa “piedra del demonio”.

A propósito, también resulta importante dilucidar y destacar que la crucifixión se había practicado por nuestros cañaris y por muchos otros pueblos precolombinos. Justamente *chacatai*, significa ¡crucificar!, en el sentido de atar los brazos extendidos horizontalmente de una persona indefensa, sentenciada a morir flechada o quemada. Esta última práctica, arranca del antiguo México, donde sus habitantes sentenciaban a los delincuentes y réprobos a la hoguera, por medio del fuego producido por un pino resinoso y una vez que la víctima era fuertemente sujeta en cruz a un madero (Torres Fernández de Córdoba, 2002).

Finalmente, una curiosidad: la tristemente célebre crucifixión que se practicaba en el Viejo Mundo, ¡no era de origen judío, como se cree hasta la actualidad, sino singularmente fue de origen romano! Por supuesto, los judíos tenían otras formas de tortura y ejecución no menos crueles, cuyo objetivo final era causar la muerte del acusado: *a pedradas*, que se lanzaban al condenado, quien se encontraba sujeto de pies y manos, hasta que una de las piedras acertaba un órgano vital; el *empalamiento*, en vida del acusado, es decir el acto de colocarle en vida, entre paredes, produciéndose una muerte espantosa, lentamente, hasta que el oxígeno se agotaba totalmente. En uno de mis trabajos se puede precisar algo de esta cuestión (Robles López, 2010).

Capítulo VII

Interpolaciones

Previo al estudio del demiurgo sierpe y del tótem guacamaya, debemos hacer un deslinde de la obra “Diccionario de la Mitología Mundial” (Prieto, 1971) en razón de que contiene conceptos y definiciones cuestionables, relacionados con el aspecto mitológico de los quichuas y de otros pueblos precolombinos.

Por ejemplo, se habla de Upamarka, constituido de “upa”, adjetivo que significa tonto, necio, bobo, y de “marka” o “marca”, lugar, pueblo, región, para decir que era el lugar del silencio “al que llegaban los difuntos después de atravesar un ancho río por un puente estrecho” (Prieto, 1971). Resulta que la etimología y composición del término, como hemos visto, no tienen relación, en absoluto, con la definición que se da.

Anampacha o Jahuapacha, igualmente resultan incoherentes, si se acepta el significado religioso según el modelo cristiano: “Paraíso a donde iban a parar las almas de los buenos y de los justos” (Prieto, 1971). En primer lugar, hemos manifestado que todavía no tenían una clara concepción sobre el paraíso, como tienen otras religiones. En segundo lugar, Anam no existe, ¡por lo que el sintagma se desconoce en el idioma quichua!; y en cuanto a la segunda parte (Pacho o Pacha) no significa paraíso sino sencillamente “la región superior del cielo” (Cordero Crespo, 1968); en otros trabajos se escribe Janac-Pacha significando “cielo” (Leonardi, 1966), o Jahua-Pacha, igualmente “cielo” “región de arriba” (Múgica, 1979).

Sin duda los misioneros hicieron uso de dos términos que son incoherentes mientras que los historiadores de la obra mencionada

tomaron literalmente estos términos sin detenerse a investigar si el significado era o no procedente.

Los antiguos quichuas, y en esto probablemente también nuestros cañaris, consideraban el universo como unidad constituida de tres partes: *Hanan-Pacha* o Mundo Superior a donde se van después de la muerte los buenos y justos; *Urin-Pacha* o Mundo Inferior, a donde irán los malos; Ucu-Pacha o Mundo Interior, que se encuentra en el centro de la tierra y lugar destinado a los tontos y necios, después de la muerte. Este Ucu-Pacha también se denominaba Supay-Huasi o casa de Supay, en referencia a uno de los seres maléficos de aquella mitología (Instituto Nacional de Patrimonio Cultural Regional 6, 2012).

Por lo demás esta mítica concepción del universo no difiere mayormente de otras del mundo antiguo, y revelan las reflexiones y elucubraciones del ser humano de aquella época, por encontrar una explicación sobre el mundo que los rodeaba, sobre el tiempo y el espacio, sobre el destino. La elaboración de su cosmos, por otra parte, nos demuestra el modesto conocimiento que todavía tenían del ser y de la naturaleza, lo que estuvo en relación con el limitado desarrollo de las fuerzas productivas y de la organización social.

Capítulo VIII

El culto lunar

En numerosos pueblos de la antigüedad existían tres tipos de calendario: el lunar, el solar y el mixto. No pocos de estos pueblos adoraban a la luna como su principal divinidad. Este es el caso de los primitivos hebreos o de la civilización babilonia. Hagamos un poco de historia y confrontemos datos y sucesos.

Se afirma que, en Ucrania, hace unos 35 000 años, se llevaban a cabo observaciones del firmamento: incisiones, en un colmillo de mamut indicarían los días del mes lunar, incluyendo aquel en el que la luna no es visible (Горбовский, 1988).

El templo de Stonehenge, genuino observatorio astronómico del neolítico en el sur de Inglaterra, que comenzara a construirse a 2800 años a. n. e. o antes de Cristo, contiene túmulos que se considera servían para señalar los lugares de aparición y desaparición de la luna en los solsticios de invierno y verano. Entonces, Stonehenge debió ser observatorio del desplazamiento de objetos celestes en el arcano e infinito Cosmos.

Por el calendario mixto se regían los antiguos pueblos de la India, China, Babilonia, Roma Y Judea. En la civilización babilonia junto con la divinidad solar Shamash (dios de Sippar). se encuentra el dios de la luna Sin (deidad de Ur), personificado como un anciano de lengua barba azulada que recorría el firmamento todas las noches en su barco, ahuyentando con su esplendor a los malvados y obligándoles a desistir de sus malas intenciones. El culto de Sin estuvo ligado a la ganadería.

En la riquísima mitología griega, Selene se consideraba la personificación de la Luna, de ahí proviene lo de *selenita*, para referirse

a algo relacionado con nuestro satélite y se le representaba como una hermosa muchacha que recorría el cielo sobre un carro de plata, tirado por dos corceles negros. Amada por Pan que le obsequió un rebaño de bueyes blancos, sin embargo, prefirió al pastor Endimión con quien procreó 50 hijos.

En la mitología romana la deidad itálica Luna correspondiente a Selene griega, fue muy venerada especialmente por los sabinos y etruscos. Un templo a *Luna Noctiluca* se elevaba sobre el Palatino y otro antiquísimo santuario existía en el Aventino, fundado por Servio Tulio. Su fiesta se realizaba en el último día de marzo.

Entre las leyendas sobre el origen de los incas, existe una relatada por los primeros cronistas, que dan en cuenta cómo el Padre Sol y la Madre Luna se compadecieron de las gentes que vivían en la ignorancia y el salvajismo, desde el cielo enviaron a la Tierra a sus hijos Manco Cápac y Mama Ocllo para que les enseñaran sobre las leyes, los secretos de las artesanías, a vivir en casas, labrar la tierra y sobre todo a venerar al Padre Sol como a un dios. En esta leyenda la luna es una divinidad femenina menor, no así entre los cañaris, conforme veremos oportunamente, por cuanto, a más de haber sido una deidad masculina, se consideraba una medida de tiempo, profundamente venerada en el pasado precolombino.

Entonces, ¿de dónde proviene el culto lunar cañari? Primeramente, conozcamos algo que indudablemente nos ayudará a comprender mejor el tema que tratamos.

Según los especialistas, la Luna tiene un movimiento diario y da una vuelta completa alrededor de la tierra en el tiempo de 27 días, 7 horas, 43 minutos y 11 segundos. Sus fases son: Luna nueva o Novilunio, con la Luna entre la Tierra y el Sol y no visible; luego, el *Cuarto Creciente*, que sucede una semana después de la Luna nueva, visible el medio hemisferio iluminado; sigue *Luna llena* o *Plenilunio*, que sucede una semana después de la anterior fase, encontrándose Sol y Luna separados por la tierra; *Cuarto Menguante*, y de aquí nuevamente otra Luna nueva.

Hay una situación que es necesario distinguir en cuanto a rotación y desplazamiento de nuestro satélite, para comprender cómo con-

sideraban el año lunar los pueblos antiguos: la “revolución sidérea” o “mes lunar periódico”, esto es el tiempo que demora la Luna en dar una vuelta completa alrededor de la Tierra y que es de 27 días y algo más, ya señalado; y la “revolución sinódica”, denominada también “mes lunar” o “lunación”, que es el periodo que transcurre entre dos Lunas llenas o dos Lunas nuevas sucesivas, o el tiempo que invierte la Luna desde una conjunción con el Sol hasta la conjunción siguiente, y que tiene un valor medio de 29 días, 12 horas, 44 minutos, 25 segundos (Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana, 1953), (Real Academia Española, 2021), es decir es algo mayor que el mes periódico.

En relación con la revolución sinódica de la Luna, tenemos el denominado Ciclo de Metón que corresponde a 235 meses sinódicos, y al cabo del cual se produce la misma fase de la Luna el mismo día del mes y que sirve para señalar ... ¡la fecha de la fiesta denominada en el Cristianismo pascua! Nos explicamos: la iglesia cristiana estableció para muchos años adelante una tabla de los festejos de la pascua en correlación con lo resuelto por el Concilio de Nicea (año 325 d. n. e), de acuerdo con lo cual se debe recordar la pascua el primer domingo “...siguiente a la luna llena o plenilunio, (el sol y la luna se encuentran separados por la Tierra. MRL.) coincidente con el equinoccio de primavera o después de este (НОВИКОВ, 1986).

En cuanto al equinoccio, no es otra cosa que la época en la cual, por hallarse el Sol sobre el Ecuador, el día es igual a la noche en toda la Tierra y esto tiene lugar anualmente del 20 al 21 de marzo y del 22 al 23 de septiembre cada año.

Por lo brevemente expuesto, se deduce que el año lunar se aplicaba de una forma en el Viejo Mundo y de otra en nuestro Continente. En el primer caso, resulta que el calendario lunar se comprendía y calculaba en base al período que la Luna invierte desde una conjunción del Sol hasta la conjunción siguiente (29,5 días). No como dice el destacado investigador soviético V. Andreiev (1985) en su interesante artículo sobre el cálculo del tiempo a través de los años, que en base al calendario lunar se encontraba el periodo de “revolución de la Luna alrededor de la Tierra, 29,5 días”, porque en este caso se trataría del mes lunar periódico o *revolución sidereal*, ya anotado. En el caso del

año lunar el calendario contiene 12 meses de 29 y 30 días alternados regularmente y que suman 354 días. Ahora bien: en virtud de que cada nuevo año se inicia con el periodo que corresponde a la “Luna nueva” una vez en algunos años se agregaba un día al último mes del año solar en aproximadamente 11 días y en comparación con nuestro calendario actual (gregoriano), comienza igualmente 11 días antes.

Con estos antecedentes, podemos plantearnos la principal inquietud: ¿Existía el calendario lunar entre los cañaris? Probablemente. A esta suposición nos conduce el estudio del contenido de algunas leyendas y objetos arqueológicos como piedras con orificios, producto de la mano del hombre y representaciones de la Luna encontrados en Cañar. En una de dichas figuras (figura 9), se pueden apreciar 26 orificios que corresponderían a los días del mes lunar; en otra piedra (figura 10) se observan nítidamente 14 orificios que representarían los meses lunares.

En honor a la verdad, debo consignar que la ponencia sobre la representación del año lunar cañari fue original del destacado estudioso y autodidacto, Hno. Ignacio Neira, quien presentó la misma, fundamentado en parte en las piezas arqueológicas que tenía, sobre la representación de la divinidad lunar, con rostro humano, así como la representación cosmogónica de la cultura Cañar y fue aceptada en el Congreso Ecuatoriano de Arqueología, llevado a cabo en 1976, en la provincia de Imbabura (figuras 12 y 13).

Sin embargo, la cuestión que no logró resolver el Hno. Neira, radicaba en cómo deducir del número de meses multiplicado por los días que contiene cada uno de los 365 días que rigen en nuestro actual calendario. Para mayor sorpresa, nos encontramos con otro objeto arqueológico: una piedra con siete orificios (figura 11) ¿Se trata de los siete días de la semana entre nosotros? Para nuestro entender, difícil pronunciarse categóricamente, considerando que dichos orificios, no serían otra cosa que la representación de las Pléyades (del lat. *Pleiades*, y este del griego *Pleiádes*), cúmulo estelar bien notable en la constelación del Toro, como una nube o mancha blanquecina; a simple viste se observan en él seis estrellas principales y en ocasiones siete, comúnmente conocidas como Las Cabrillas. Los cañaris de-

dicaron mucha atención a la observación de la bóveda celeste y una gran importancia al estudio de los objetos siderales, en virtud de que su economía dependía exclusivamente de la agricultura y necesitaban calcular la época correcta para las labores de siembra, cosecha, preparación del terreno, etc. Entonces, *probablemente, el año lunar cañari de 364 días se iniciaría con el apareamiento de las siete cabrillas o pléyades en el espacio.*

Pero existen más pruebas que refuerzan estas reflexiones: en una figura de alabastro encontrada en la región de Cáruha, Cañar (figura 12), ya mencionada, se distingue claramente la representación de la diosa Luna, la Sierpe, demiurgo, la Llama, que sería el signo Aries del Zodiaco como veremos más adelante, y el Buho, igualmente ave muy estimada por los cañaris.

En otra representación (figura 13) cosmogónica de la cultura Cañar, se observa al centro la deidad lunar, partiendo del entrecejo las 7 Pléyades o Cabrillas, con cuya aparición se daría comienzo al calendario lunar; dos serpientes semiocultas alrededor del círculo y dos figuras cañaris en vértice hacia abajo.

En renglones anteriores preguntábamos por la procedencia del culto lunar cañari, en razón de que entre los incas la Luna se consideraba divinidad menor con relación al Sol, en tanto que entre nuestros antepasados parece que fue un dios supremo. Nosotros suponemos que este culto procede del antiquísimo centro del México precolombino, Teotihuacán que en el idioma azteca significa “Morada de los dioses” (en el Nahuatl, Teoti traduce “venerar”). En el cenit de su desarrollo (450-650 d. n. e), la ciudad Teotihuacán se componía de una zona central de aproximadamente 6,75 km², y la periferia de 12 km². El centro ritual administrativo se distinguía por algo como dos “ejes” que se cruzaban entre sí: el uno de Norte a Sur y el otro de Occidente a Oriente. En el “eje” Norte-Sur se encontraba una amplia “avenida” denominada “La calle de los muertos” y al extremo una gigantesca construcción: ¡La Pirámide de la Luna!, con una base de 150 m tomando la dirección Oeste-Este, 130 m, de Norte-Sur y una altura de 42 m.

El templo de la Luna en su plaza ocupaba un lugar destacado, parigual al del Sol y existen representaciones de aquella divini-

dad. Por otra parte, en Xochicalco, Morelos, se ha encontrado una escultura ¡en forma de cabeza de guacamaya!, como parte del edificio para el juego de pelota. Esto, a más del estudio de numerosos topónimos similares que se encuentran en las culturas del México y Cañar precolombinos, demostrarían que de allá pudo proceder una parte de los mitos y divinidades que anotamos o, lo que no es menos probable, que los mismos pudieron ser originales de la cultura cañari, considerando el indudable desarrollo que en tiempos precolombinos, alcanzó esta nación, no solamente con relación al agro, a las manufacturas textiles, sino también en cuanto a sus mitos, a sus concepciones religiosas.

Con todas estas consideraciones, es factible suponer que las imponentes construcciones de Ingapirca se destinaron para señalar la aparición y desaparición de la Luna, la observación del Sol, de las Pléyades y el cálculo del año lunar. De acuerdo con el investigador G. Torres Fernández de Córdova, la divinidad suprema de la mitología Situma (del pueblo cañari) sería SI, con la cual se conocería a la Luna y a la que, sin embargo, se atribuía ser de sexo masculino, igual que esto sucedía en la religión de Babilonia a SIN. En su templo a Si-an o Allik-si, se le tributaban sacrificios y una famosa fiesta mensual de la Luna llena o IKSHI, que se prolongaría durante 24 horas, desde que salía la Luna hasta cuando volvía a aparecer al día siguiente. Se le ofrendaba seres humanos y se impetraba su amparo y protección.

Este culto se vincula con el *Huañu* o eclipse lunar, considerado como un mal de la divinidad SI, que podía conducirla a la muerte. Entonces, ante el peligro de que muera el dios Luna, lo que acarrearía al fin de la nación y el mundo, hombres, mujeres y niños recorrían caminos y poblados al son de tambores y quenas implorando el restablecimiento de la divinidad. Todo lo brevemente expuesto, hace pensar que su culto estuvo íntimamente vinculado a las vitales labores del agro.

Esto se refuerza con el hecho de topónimos que se encuentran tanto en Azuay como en Cañar y que contienen el prefijo SI: Sigsig, Sittincay, Sitacar, Sigsipamba, Sisid. Sobre todo, este último topónimo, de un lugar ubicado en Ingapirca, está indudablemente relacionado con la mitología cañari, pues significa “encantamiento de áspid”.

Las representaciones zodiacales

Finalmente, los signos del Zodiaco que corresponden a los símbolos astrales más remotos de la humanidad, conocidos en Sumer, Acad, la antigua Kitai (la República China), la India, también se conocieron entre los mayas e incas, y no es imposible que hayan sido conocidos entre los cañaris. Esta conjetura la planteamos en razón de que los científicos han logrado determinar la mayor parte de los signos zodiacales en dichas culturas, relacionadas con animales y cultivos agrícolas que tuvieron un rol fundamental en sus economías. Por ejemplo, Aries entre los incas es la *llama*, al mismo tiempo, un mamífero excepcional, por la producción de lana de alta calidad; pero debemos señalar que la llama y otros camélidos sudamericanos, como la *alpaca*, la *vicuña* y el *guarizo*, ¡también se domesticaron, en tiempos precolombinos, por los pueblos del callejón interandino del Ecuador!, como ya señalamos, y he podido observar a estos interesantes mamíferos, que producen dicha lana fina, excepcional y de gran demanda, quizá una de las mejores del mundo, tanto en la provincia de Chimborazo, como en las de Cañar y Azuay. Por manera que, reitero, antes de la conquista ¡ya existían los afamados *camélidos suramericanos!*, y sobrevivieron no pocos de estos útiles mamíferos, sin embargo de las matanzas que desataron contra estos animales, los conquistadores españoles, tanto del Perú, como de lo que actualmente es el Ecuador, con el fin de introducir los vacunos y ovinos, traídos de Europa.

Retomando el tema principal, nos permitimos manifestar que, entre los mayas, no se conoce cuál fue este signo. Tauro corresponde al ciervo en los incas y mayas. La diosa del maíz Mama Sara, (en el antiguo México la divinidad Sinteot era su personificación masculina), ¡corresponde a Virgo en las dos culturas y sin ninguna duda es igual en la cultura cañari!

¿Simples coincidencias? Creemos que no, pero todavía quedan muchos enigmas por despejar. De lo que no existe duda es que la Luna fue una divinidad suprema, en la cual el pueblo cañari identificaba su mundo, igual que con los protagonistas de su estirpe y de sus mitos.

Figura 8

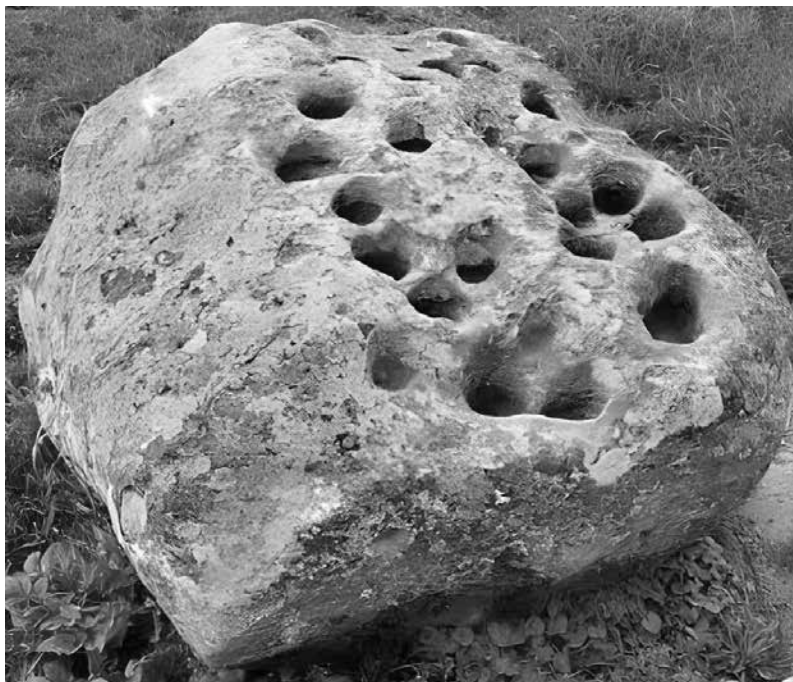
Excepcional representación de la divinidad luna y del búho



Nota. Procedencia: Chuquipata, Azogues.

Figura 9

Del calendario lunar. Piedra con 26 orificios que corresponderían a los días del mes lunar



Nota. Procedencia: Ingapirca, Cañar.

Figura 10

Del calendario lunar. Piedra con 14 orificios, que representarían los meses lunares



Nota. Procedencia: Cañar.

Figura 11

Roca con 7 orificios que corresponderían a las 7 cabrillas o pléyades



Nota. Procedencia: Cañar.

Figura 12

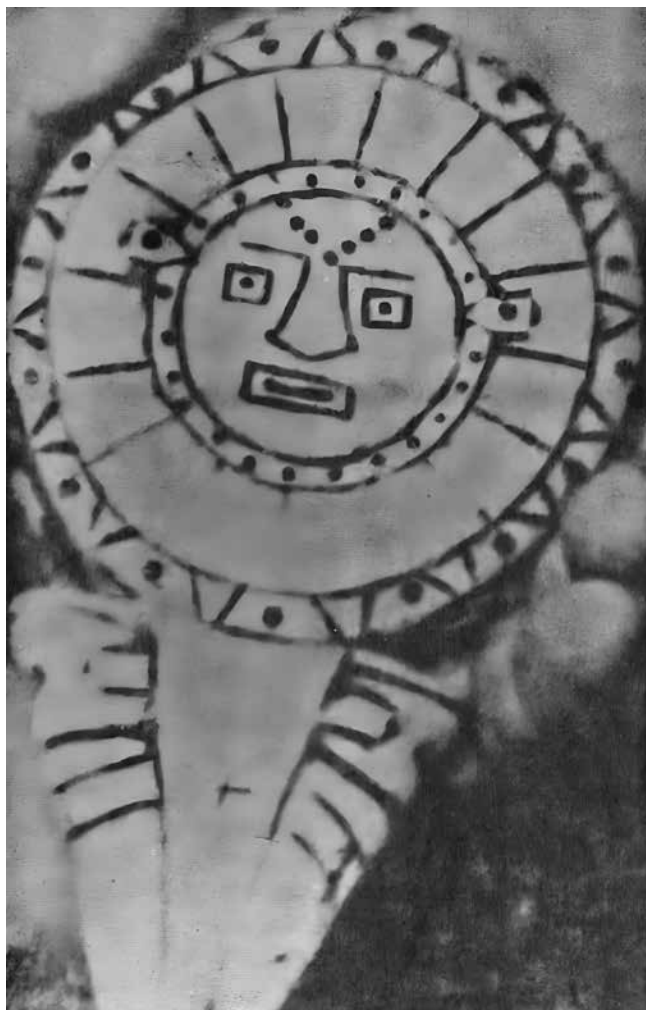
*Representación de la divinidad lunar con rostro humano. Además:
la llama, el búho, dos sierpes, del culto cañari*



Nota. Procedencia: Cárua, Cañar.

Figura 13

Representación cosmogónica de la cultura Cañar: al centro del Dios Luna, Si; partiendo del entrecejo los puntos que corresponderían a las siete cabrillas; dos serpentes semiocultas alrededor del círculo; dos cañaris en vértice hacia abajo.



Nota. Procedencia: Cañar.

Capítulo IX

La serpiente progenitora, Demiurgo

Según el criterio planteado por el sobresaliente etnógrafo soviético S. A. Tókarev (1975), “el totemismo en los pueblos precolombinos de América del Sur es poco conocido excepción de los roboró, arovac (Guayanas) y guajiros (Colombia)”; pero, agrega dicho autor, goza de una amplia manifestación la fe en hombres que tienen la propiedad de transformarse en animales.

Consideramos que tal criterio carece de fundamento en cuanto a la cultura de la nación Cañar, sin lugar a dudas una de las más importantes del Ecuador precolombino. En el pueblo cañari que comprendía un conjunto de tribus estrechamente vinculadas y asentadas en las provincias del Azuay y Cañar y parte de Chimborazo, Loja y El Oro. Reiteramos que predomina un tipo de religión de clanes y tribal, en proceso de perfeccionamiento, con una cosmogonía apreciable, el culto funerario consolidado, el chamanismo y el culto agrario, fundamental y profundamente arraigado. Entre los cañaris precolombinos de vísperas de la conquista incaica, se puede apreciar los primeros signos de una incipiente sociedad de clases, pero prevalecía en toda su fuerza la comunidad clánica que perdura hasta los albores de la conquista española.

De la religión de la cultura cañari un lugar destacado ocupa el culto a la serpiente, demiurgo de su raza y a la guacamaya, tótem relacionado con el mito del diluvio universal. Conozcamos el primer aspecto de este apasionante tema.

Según las leyendas relatadas por nuestros cañaris exiliados en el Perú incásico a los primeros conquistadores españoles, se conoce que en tiempos inmemoriales se sumergió en una laguna situada en

territorio cañari una enorme sierpe, considerada como progenitora de su pueblo, y a la cual se le rendía veneración arrojando a la laguna objetos preciosos de oro y plata. También se conoce que son tres las lagunas, que según la leyenda guardan en sus profundidades al demiurgo cañari. La primera laguna Leoquina, cuyo nombre primitivo sería Buza-Leukina, situada en el pueblo de San Fernando, provincia del Azuay; la segunda, también ubicada en el Azuay, en un sitio que queda en uno de los ramales de la cordillera Occidental, cerca del valle de Yunguilla; y la tercera, Culebrillas, ubicada en el cantón Cañar, provincia del mismo nombre. Las más célebres lagunas de la tradición son, a no dudarlo:

Leoquina y Culebrillas

La leyenda contada por los cañaris refiere que el progenitor y fundador de la nación cañari se convirtió en una enorme víbora, sumergiéndose luego en la laguna, para no aparecer jamás. Esta valiosísima tradición se encuentra sobre todo en el tomo tercero de la “Historia del Nuevo Mundo” del padre Bernabé Cobo, publicado en 1892 en Sevilla, página 312. Desde luego, Cobo estuvo en el Cuzco de los descendientes de los cañaris. De esta obra tomó el relato nuestro historiador Sr. F. González Suárez, quien la transcribe en su obra “De Prehistoria y Arqueología” (1968).

De acuerdo con la interpretación del destacado lingüista M. Moreno Mora (1955), Buzaleukina o Leoquina se origina en el Maya-Cak-chiquel-Páez y significa: “Culebra protegida que agita las plumas de pájaro en lago alto o profundo”. Esto tiene relación con la veneración a un demiurgo maya, la serpiente emplumada Kukulcan y con el QuetzalcoatL mexicano, igualmente representado como sierpe emplumada.

El gentilicio cañar, asimismo significa “descendientes de la culebra”, de Kan: serpiente; ah:de; || r; descendientes, significando: “Descendientes de la serpiente” y originalmente en grafía y fonación sería: Kan-ah-rii (Moreno Mora, 1955).

González Suárez manifiesta al respecto lo siguiente:

Los cañaris profesaban suma veneración a las lagunas, las cuales para ellos eran lugares sagrados y objetos de culto religioso. Dos eran las más célebres lagunas para este legendario pueblo *pre-colombino*: la una es un lago solitario y melancólico, en los yermos desiertos de la Cordillera Oriental, en el punto que está sobre el pueblo de Sísig; en esta laguna se había sumergido voluntariamente el progenitor de los cañaris, el padre de su pueblo y fundador de su nación; convirtiéndose éste en una enorme culebra, que luego se precipitó en aquella laguna, y nunca más volvió a presentarse. A esta laguna le ofrendaban figurillas de oro, subiendo en peregrinación al páramo como a un santuario.

La laguna que ahora llamamos *Culebrillas*, en uno de los más elevados valles o quebradas del nudo del Azuay (provincia del Cañar M.R.), era así mismo otro adoratorio para los cañaris, que vivían en la parte septentrional de la provincia. (González Suárez, 1968, p. 43)

Más adelante en el mismo estudio el autor conjetura que las lagunas de adoración fueron tres: una en la actual provincia del Cañar, esto es *Culebrillas* y las dos en el Azuay, ya mencionadas:

Estas tres lagunas, anota el autor mencionado, eran lugares sagrados y adoratorios: tres agrupaciones indígenas habían localizado en la laguna de su territorio propio la tradición relativa a su origen. Todas tres agrupaciones se creían descendientes de una gran culebra: todas tres estaban de acuerdo en la fábula de desaparacimiento de la culebra, sumergiéndose en una laguna. (González Suárez, 1968, p. 163)

De manera que definitivamente, no solamente *Buzaleukina* o *Leoquina*, sino principalmente *Culebrillas*, constituye la laguna sagrada de la nación cañari, santuario de veneración a su demiurgo convertido en serpiente.

Todo lo expuesto se refuerza con lo siguiente: paredones se encuentra no lejos de *Culebrillas* y fue, a no dudarlo, adoratorio de los cañaris, por las construcciones que se tenían hasta hace poco.

En segundo lugar, una de las piezas más interesantes de la arqueología cañari, un pífono de hueso con la figura en bajorrelieve de

una sierpe a lo largo del cuerpo de dicho instrumento y con una representación humana en el extremo craneal, fue encontrada en Cerro Narrío, cantón Cañar. Inobjetable evidencia de la veneración que profesaban a la serpiente progenitora, el más importante demiurgo cañari, las tribus de Hatum Cañar.

En tercer lugar, otro sustantivo arcaico del quichua del Ecuador, machaj, confirma, primeramente, que el gentilicio cañar significa “Descendientes de la serpiente”, y luego que la sierpe era el demiurgo progenitor primordial de los cañaris. En la obra de P.C. Mugica (1979), Machacui significa culebra, mientras que Amarún traduce boa; en Lengua Quichua. Dialecto del Napo-Ecuador (1966), igualmente serpiente se traduce machacui y boa amarón. En el Diccionario Quichua de Luis Cordero, no existe machacui, sino únicamente amaru por serpiente, culebra (Cordero Crespo, 1968); igual en la obra de E.W. Middendorf (1970), amaru significa gran serpiente. Esto demuestra que machaj o machacui se revelan antecesoras del vocablo amaru. M. Moreno Mora, nos brinda la siguiente interpretación de machaj, forma antigua de machacui conservada en los dialectos del Napo y el Aguarico: “MACHAJ *sus. a. ant. ecua. serpiente.* / Ph. M. Cakchiquel: mama: viejo, abuelo, anciano, antepasado. / Maya chan: serpiente. / Origen Cakchiquel Maya. / Sign.: Serpiente vieja, vel. serpiente antepasada” (1955). Lo de serpiente antepasada está en íntima relación con aquello que este animal constituyó el demiurgo y fue el progenitor de los cañaris descendientes de los mayas.

En cuarto lugar, el Cañaricu o Cañiriqui, del que alguna vez hablamos en la Revista Cunanmanta, encontramos que se deriva de Kanarii-hijos de la serpiente y de Ku, partícula del filum maya, que significa dios. Como sabemos esta palabra hace relación con un baile ritual que se practicaba en uno de los lugares de Azogues, denominado Perruncay. Y resulta que Perruncay es igualmente topónimo del quichua arcaico del Ecuador, que traduce “Río de guijas” (Robles López, 1968, pp. 60-70).

Finalmente, el topónimo *Sisid* que se encuentra contiguo a las ruinas del templo observatorio cañari de Ingapirga, significa, como ya manifestamos en la anterior publicación (1988), brujería, hechí-

cería, ¡encantamiento de áspid! Admírese la íntima relación de la toponimia con la mitología y religión cañaris.

El culto a la serpiente progenitora, encontramos en varios pueblos de América precolombina. Por ejemplo, está presente en el culto a Quetzalcóatl, la serpiente emplumada de la mitología azteca. Quetzalcóatl era un dios del aire, de la guerra, del comercio y la adivinación. Kukulcán el dios protector de Mayapán y fundador mítico de los cocomes aristocráticos, estuvo representado como semi hombre y semi serpiente, similar al Quetzalcóatl, ya señalado, que también se traduce este como serpiente emplumada.

Entre los chibchas de Colombia, la figura mítica de Bochica es muy interesante y similar a los demiurgos azteca, maya y cañari. Dicho extraño ser, estuvo representado por un anciano blanco de luenga barba. Bochica fue el dios sol y su esposa la diosa luna. En el lago Guatavita, que encarnaba a la divinidad, se le veneraba y ofrecía sacrificios, especialmente oro y esmeraldas, igual que hacían los cañaris en las lagunas de Culebrillas y Leoquina, con su demiurgo y progenitor.

En la primitiva religión de los hebreos, igualmente existe la representación de la serpiente, pero no como demonio, sino como un ser astuto. Por supuesto que los señores teólogos del judaísmo y cristianismo, consideran que bajo el aspecto de la serpiente actuaba el jefe de los diantres, don Belcebú o Beel-Zelbuh, adorado por los antiguos habitantes de Canaán y también por los sirios. A Belcebú también se le conocía como el “Señor de las moscas”, porque su efigie estuvo plagada de moscas, debido a la sangre de los sacrificios. Sin embargo, esta historia no es exactamente así: a la serpiente primitivamente le adoraron muchos pueblos de la antigüedad en el Viejo Mundo, entre ellos los judíos, pues la consideraban “como un divinidad de la sabiduría y las profecías”, pero también como un “universal demonio del mal” (Шейнман, 1977) Precisamente las huellas de este antiquísimo culto se conservaron en los relatos del Antiguo Testamento, que hacen referencia a la vida en el paraíso de Adán y Eva, en compañía de la siempre astuta y sabia serpiente que seduce a Eva a comer del fruto prohibido y que nada tiene que ver con Belcebú, el deformado Ba-

al-Zebud, ¡que surge posteriormente en la demonología cristiana, y que tiene relación con Baal, palabra semita que identificaba a las remotas divinidades cananeas y fenicias!

La *ofiolatría*, también practicaban los pueblos de Egipto con su serpiente encarnada en Tifón; asimismo, Krishna, Horus, Apolo y Júpiter, triunfan sobre serpientes; en Grecia la admirada sierpe, estuvo en el Santuario de Esculapio; las víboras de cascabel fueron objeto de culto, de parte de los pueblos nativos de Norteamérica, hoy, lamentablemente exterminados (excepto unas cuantas reservas, donde también mueren olvidados, junto con su historia), por quienes se han revelado partidarios del racismo.

Asimismo, los hindúes y varias tribus africanas, han venerado a serpientes y en algunas regiones del continente cuna de la humanidad, África, las crían con fines curativos. En su orden, los *Cafre* (del portugués cáfer -e-, que a su vez procede del árabe clásico *kafir*, pagano, que, en su orden, es un adjetivo para identificar al nativo de la antigua colonia inglesa Cafrería, ubicada en Sudáfrica), sienten terror frente a una boa y si se ven obligados a matarla, deben cumplir con todo un rito expiatorio por esto. Los habitantes de Madrás creían que era un gran pecado privar de la vida a una cobra y quien mataba una de ellas, era considerado impuro en el curso de tres días (Фрезер, 1980).

Los aborígenes de África Oeste, de la isla Fernando Po, tenían a la sierpe de anteojos por su divinidad-custodia, capaz de hacer el bien y el mal, portar la abundancia o desencadenar el hambre y aún la muerte.

Para los indígenas cheroques, la serpiente de cascabel o crótalo encarnaba al jefe de tribu y por ello la veneraban y se les prohibía matarla.

Por todo lo brevemente expuesto, no hay razón para admirarse de que los cañaris tuvieran por su principal demiurgo a una culebra.

Figura 14

Un jeroglífico cañari, precedido de la sierpe



Nota. Procedencia: Cañar.

Capítulo X

Ofrendas humanas y culto agrario

Se ha afirmado que los cañaris durante la cosecha de sus principales productos, el maíz y la papa, ofrendaban cada año centenares de niños. En Curitaqui del Azuay, por ejemplo, según relatan los cronistas españoles, se sacrificaba hasta cien niños por año para obtener de sus dioses una buena vendimia. Esta costumbre, cruel, en caso de ser cierta, posiblemente tenga un origen centroamericano, considerando que habría sido combatida tenazmente por los incas y posteriormente por los conquistadores españoles. Lo que sí nos parece discutible, es la cantidad de un centenar de niños que señalan los cronistas españoles.

El maíz, Zara, científicamente denominado *Zea mays*, remotísimo cultivo, crecía en el valle de México durante el último interglaciar, hace 60 mil años (Mangelsdorf, 1954) y fue cultivado ¡hace 9000 años aproximadamente! (Chen *et al.*, 2021). El remoto grano se caracterizaba por las glumas y frágiles raspas.

Entre nuestros antepasados fue considerado una auténtica divinidad relacionada con el culto agrícola, debido al enorme rol que tuvo en la alimentación de los pueblos andinos, igual que la papa.

Es necesario considerar que el maíz no solamente se utilizaba para la alimentación humana, sino también para la elaboración de la chicha con fines ceremoniales y de hospitalidad. El shamán caía en trance merced a la abundante ingestión de la bebida fermentada y entonces vaticinaba sobre las labores relacionadas con el agro. En los santuarios de la nación Cañar se ofrecía a las divinidades como ofrenda la mejor cosecha de maíz.

Durante la vendimia era llevado con gran solemnidad y hombres y mujeres entonaban cánticos pidiendo que el grano durara mucho tiempo. Durante tres noches íntegras velaban a Mama Zara. Esto demuestra de manera irrecusable que el culto tribal estuvo profundamente relacionado con las actividades agrícolas. Los sacerdotes cañaris se encargaban del oráculo, inquirendo a la divinidad la posibilidad de sembrar el grano. Por supuesto, la respuesta siempre era afirmativa. Además, tenían la obligación de velar por el movimiento de las sombras en el llamado Intihuatana (brevemente visto por nosotros), con el objeto de determinar el momento oportuno de labores, incluido lo que se conoce por barbecho, ¡el riego y la siembra! ¡He ahí el objeto con el que estuvo relacionado el famoso lugar que hasta hoy se conserva en Ingapirca!

Además, el culto se realizaba con el ayuno de los sacerdotes, desde el momento de la siembra hasta que brotaba la nueva planta. Las ceremonias incluían procesiones con el acompañamiento de música de tambores y cánticos mágicos destinados a impetrar a los dioses una buena cosecha y espantar las temidas sequías y heladas.

Igual de mítico fue todo lo relacionado con el cultivo de la papa. Según los relatos de los cronistas hispanos, las labores de la siembra de este tubérculo originario de nuestras regiones interandinas, se acompañaban de música y danza con instrumentos especiales. En regiones como el Perú, se sacrificaban llamas y las mejores y más grandes semillas se bañaban con la sangre del animal ofrendado, para que la cosecha sea óptima.

Retornando a la costumbre de sacrificar niños en honor de Mama Zara (la *Madre Maíz*), también se supone que la costumbre proviene de América Central, concretamente de México, por cuanto allí se tenía al maíz por una gran divinidad. El historiador hispano Acosta, citado por el célebre etnólogo Frazer (1980), relata que el rito del maíz se iniciaba cuando tomaban los mejores granos recogidos en la cosecha y se colocaban en una panera observando determinado ceremonial y custodiando en el curso de tres noches. Después se vestía al maíz de la manera más elegante y así se le veneraba considerándolo la Mama Zara. En esta fecha (correspondiente a mayo), le

llevaban una víctima mientras el sacerdote preguntaba a la panera si tendrá fuerzas para mantenerse hasta el siguiente año. En caso de respuesta negativa los sacerdotes portaban tanto maíz cuanto cada uno podía llevar al campo de cultivo y ahí lo sometían al fuego. Luego construían una nueva panera afirmando que así transferían nuevas fuerzas y que la simiente no moriría. Si la respuesta era positiva se le dejaba en esta forma hasta el nuevo año.

A su vez los aztecas tenían posiblemente la religión más cruel entre los pueblos antiguos. El mencionado Acosta relata que entre los cautivos escogían al más conveniente y previo a entregarle como ofrenda a la divinidad le daban el nombre del dios al que estaba destinado en sacrificio. Le adornaban con los mismos objetos de su dios, siendo considerado a partir de aquel momento, representante de este. Las ceremonias se prolongaban por un año y la veneración que se le guardaba no se diferenciaba de la que se destinaba a la divinidad. Cuando la futura víctima se presentaba en las calles los habitantes salían de las casas para adorarle y le llevaban cualquier ofrenda, sacaban a los niños y enfermos para que sean bendecidos o curados y todo le estaba permitido, menos huir porque tenía una guardia de 10 o 12 fornidos varones. Durante la fiesta era victimado, su cuerpo cortado en pedazos que eran comidos durante el solemne banquete.

A una de las más grandes y famosas divinidades aztecas, Tezcatlipoca, señor del cielo y de la tierra, fuente de la vida, del poder y la felicidad, dueño de las batallas, fuerte e invisible, dios de dioses, se le ofrendaba un joven a quien en el curso de todo un año se le rendía honores propios de una divinidad. El sacrificio de este hombre-dios se efectuaba durante la Pascua o algunos días después, es decir cuando coincidía con la fiesta cristiana de la muerte y resurrección del Salvador (Prieto, 1971), (Фрезер, 1980). De acuerdo con el calendario azteca esta fiesta se efectuaba entre el 23-27 de abril de cada año.

El todopoderoso dios moría en esta fiesta a través de su representante hombre-dios y renacía a la vida en el cuerpo de otra persona a quien correspondía el fatídico honor al año siguiente. El joven a quien se elegía de entre los cautivos, tenía que ser apuesto y no poseer ningún defecto. Se exigía una buena conformación: ni alto ni

pequeño; eso sí, elegante, de bella figura. Se le enseñaba a andar con mucho garbo, a tocar la flauta, fumar y apreciar el aroma de las flores. Su residencia era el templo donde los representantes de la nobleza le rendían los honores de su dignidad, le servían una alimentación a base de carne exquisita, todo como un miembro de la realeza. En su cabeza se colocaba un gorro de plumas de gallo que colgaban hasta la cintura. Su frente se cubría de una corona de flores, guirnaldas cubrían sus hombros y en sus narices se colocaban adornos de oro, igual que brazaletes en sus muñecas. En sus pies campanitas de oro sonaban a cada paso. En las orejas se fijaban zarcillos de turquesa.

Faltando 20 días para la ceremonia fúnebre del hombre-dios, le vestían nuevamente y le entregaban en calidad de esposas cuatro muchachas vírgenes bien educadas que se llamaban “diosa en las flores”, “diosa del joven maíz”, “diosa de nuestra madre en las aguas” y “diosa del Sol”. En el curso de los últimos cinco días los honores divinos se le rendían incesantemente. El monarca se quedaba en su palacio solo, pues todos atendían durante este tiempo al hombre-dios. Banquetes y danzas en su honor se sucedían unos a otros.

El último día del joven en compañía de sus esposas y pajes se embarcaba en una canoa cubierta y bien adornada, dirigiéndose por el lago a una pequeña isla con apariencia de templo. Se llamaba esta isla “Colina de la despedida”, pues allí las mujeres del dios-víctima se despedían de él para siempre. Y entonces, acompañado únicamente de sus pajes se dirigía a un pequeño templo, por un sendero con rebordes. En el templo solo, ascendía a través de sus gradas y en cada peldaño rompía una de las flautas en las que tocara durante sus días de gloria. En la cumbre de la pirámide (esta era la forma del templo), le esperaban los sacerdotes encargados del solemne rito, quienes agarrando al desgraciado joven le tendían en una plancha de piedra de los sacrificios, con brazos y piernas extendidos. Uno de ellos hendiendo su pecho con afilado cuchillo, introducía luego violento la mano a través de la herida abierta y arrancaba brutalmente su corazón todavía palpitante que ofrendaba al dios-sol. Su cuerpo se portaba en brazos y a los pies del templo se separaba el cuerpo de la

cabeza y esta se colocaba en una lanza. Así terminaban, trágicamente, los días del hombre-dios del panteón azteca.

Se ha supuesto que a los niños los cañaris también se les sacrificaba en una plancha de piedra con similar ceremonial, pero no contamos con un testimonio convincente y, sobre todo, irrefutable.

Capítulo XI

La guacamaya, tótem cañari

Para manifestar que la guacamaya, constituía el tótem de la cultura cañari, cuestión que no ha sido todavía debidamente dilucidada, debemos primeramente definir qué significa el totemismo.

Se trata de una de las formas predecesoras de las religiones, según unos autores, aunque según otros es una forma temprana de religión. Lo que no cabe duda es que dicho totemismo, estuvo ampliamente difundido en los pueblos antiguos y de todas las latitudes. La palabra tótem procede del idioma de uno de los pueblos nativos norteamericanos, el *Algonquino*, para quien el tótem significaba el espíritu o genio bueno de un antepasado que encarnaba en un animal, al cual, por lo mismo, había que abstenerse de darle muerte.

Ampliando algo la explicación, diremos que totemismo es la creencia en relaciones sobrenaturales de parentesco, existentes entre un colectivo humano que puede ser un clan, una tribu o determinado tipo de animal, planta u objeto. Debemos tomar en consideración, que el totemismo se reveló como una de las primeras manifestaciones de la conciencia de unidad de un colectivo humano y sus relaciones con el medio circundante.

En un principio, esta forma predecesora de credos religiosos, estuvo relacionada con la caza de ciertas especies animales, lo que sirvió de fundamento para establecer una representación ilusoria, puramente imaginaria y un parentesco, entre uno u otro tipo de animales con un determinado colectivo humano, dedicado a la caza. Gradualmente se desarrolló la representación de que un animal dado se revela como un antecesor común —totem— de la agrupación social. Posteriormente a medida que la sociedad tribal se ampliaba, la

actividad productiva abarcaba otras esferas de la vida colectiva: caza, pesca, recolección de frutos, raíces y hojas comestibles, así como la roturación de la tierra, confección de rudimentaria vestimenta, división del trabajo primitivo, etc. En tales condiciones surgieron representaciones de tótem-peces, tótem-aves, tótem-plantas, etc. Esto posiblemente también sucedió con las agrupaciones tribales cañaris en tiempos inmemoriales, cuando todavía se encontraban en la sociedad antigua, de clanes y comunidades, surgiendo el tótem-guacamaya, relacionado con el lejano —en el tiempo— colectivo cañari, y en condición de antecesor común, igual que la serpiente que tiene un papel protagónico en algunos credos religiosos. Solamente consideremos el negativo papel que habría desempeñado en el antiguo testamento dicha ofidio. No olvidemos que se trataba de las creencias pre religiosas, que se conservaron hasta el descubrimiento y conquista de América por los peninsulares.

L. Morgan en su magistral trabajo *La sociedad primitiva* (1971), que sirvió de fundamento para que el célebre Friedrich Engels escribiera posteriormente *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, da cuenta que entre los *kolush* de la costa noroeste norteamericana y emparentados lingüísticamente con los *athapascanos*, existen los nombres tomados de animales como Oso, Águila, Cuervo y Lobo. Más adelante detalla que existen tótems comunes entre los Indios del Norte de la Costa Noroeste que se extiende desde Vancouver hasta los confines con los esquimales. Así existen los tótems Ballena, Lobo, Águila y Cuervo.

Para los cañaris la serpiente viene a ser demiurgo (como ya hemos visto) y tótem, mientras que la guacamaya es exclusivamente un tótem. Lo primero porque inclusive el gentilicio cañar traduce “hijos de la serpiente”, cuestión totalmente acorde con aquello que manifiesta Morgan, respecto a que los nombres de las tribus son tomados de animales. En el caso de Cañar, ¡es toda una nación formada de múltiples tribus la que tomó su nombre de un animal! Y en el segundo caso por cuanto el tótem guacamaya en la imaginación de los cañaris, particularmente de los que podríamos denominar como sacerdotes, como un verdadero antepasado que salvó milagrosa-

mente a su nación de una catástrofe universal, al alimentar a los dos hermanos cañaris durante el diluvio, y al desposarse la pareja de guacamayas con dichos hermanos, lo que evitó la extinción del pueblo cañari. Por ello que, reiteramos: la creencia en el tótem-guacamaya se concretaba a la unión de un cañari con una guacamaya para procrear y salvar de la extinción al ser cañari.

Lo cierto es que esta cuestión del tótem y el demiurgo, ha sido objeto de críticas, muchas veces injustas, pues se ha manifestado que se sustentan en creencias en animales o aves, lo que significa un desconocimiento lamentable de estas cuestiones. Sin embargo, reiteramos: los juicios de valor, sin un sustento realmente sólido y sobre todo parcializados, suelen ser olvidados más pronto de lo que se piensa y, en otros casos, la fe se impone a pesar de todas las contradicciones. Sin duda quienes así actúan, se olvidan que en el antiguo Testamento de la Biblia Cristiana, la serpiente tiene un papel negativo, que ha sido condenado, mientras que, en una representación del Evangelista San Juan, tomado del culto a los animales del Antiguo Egipto, se presenta su rostro ¡con la nariz característica de un ave! En todo caso, se trata de una reproducción del culto a los animales del Antiguo Egipto, del siglo XIII.

Capítulo XII

Las cumbres sagradas del tótem

Con relación al mito del diluvio universal, bastante difundido en muchos pueblos antiguos, los cañaris relataban que en tiempos muy remotos se había producido una terrible inundación, la misma que cubrió toda la Tierra, con excepción de una montaña. Todos los varones perecieron ahogados a consecuencia del flagelo, excepción de dos hermanos que lograron refugiarse en dicha montaña, cuya cima estaba seca. A medida que el agua aumentaba de volumen, el cerro se elevaba también. Los hermanos construyeron en la cumbre una guarida para albergarse, saliendo todos los días en busca de alimento. Sin embargo, cuál no sería su sorpresa, cuando durante tres días seguidos, al retornar a su refugio, encontraron exquisitos manjares. Resolvieron que se quedaría uno de los hermanos escondido, para conocer quién o quiénes preparaban tan sabrosos platos.

Entonces, cuando uno de ellos se encontraba oculto en el precario hogar, vio que entraban a la cueva a dos guacamayas, quienes una vez preparada la comida se marcharon. Descubierta el enigma, resolvieron apoderarse de la pareja de bienhechoras y esquivas guacamayas, como en efecto así lo hicieron y merced al ayuntamiento de los dos varones cañaris con las guacamayas, se perpetuó la denominada raza cañari. Desde luego, lo correcto es el pueblo o nación cañari.

De lo expuesto resulta que el tótem de nuestros antepasados es la guacamaya, como ya anotamos, en virtud de ser considerada como un antecesor común de la nación cañari.

Igual que en el caso del demiurgo progenitor, la sierpe, esta leyenda fue relatada por los exiliados cañaris en el Perú, a donde fueron expatriados por Tupac-Yupanqui y Huayna Cápac. Los exiliados

del tiempo de Túpac-Yupanqui provenían de las comunidades de Peleusí (actual ciudad de Azogues), Hatún Cañar o Gran Cañar (cantón Cañar) y Chica (parroquia Checa en el Azuay), quienes al mando de sus respectivos sinches se rebelaron contra el Inca, oponiéndole tenaz resistencia e inclusive se relata que se conjuraron para matarle. Quienes oyeron la tradición, posiblemente de fuente directa, esto es de boca de los cañaris residentes en el Perú, fueron Molina, Bernabé Cobo y Sarmiento de Gamboa, todos tres radicados en el Perú.

Ahora bien, reiteramos: cuál fue, realmente, el cerro de la leyenda del diluvio que conservaban todas las tribus cañaris con el nombre de Huacayñán. ¿O, más propiamente Huacapñan según M. Moreno Mora? (1955).

Un excursus ineludible: Como ya señalamos brevemente en capítulo anterior, hace algunos años en el estudio histórico “Azogues del Cañar, Raíces de su Historia”, constante en la desaparecida revista “*Cunanmanta*”, que significa “De hoy en adelante”, en la versión española, y publicada en 1968, es decir hace 54 años atrás, a la fecha actual, 2022 (Robles López, 1968), consideramos que la suposición del connotado historiador Sr. V.M. Albornoz, podría no corresponder a la realidad. Desde esos tiempos, hoy, con nuevos conocimientos, nos ratificamos en este criterio y en la hipótesis de que efectivamente el cerro de la leyenda conocido por Huacayñán o Huacapñán, corresponde al Abuga, situado en la parte oriental de la ciudad de Azogues, para los cañaris del departamento bajo, mientras que el cerro del Azuay era la montaña sagrada de los cañaris de Hatún Cañar o Cañar Grande. Pero sí me retracto y ofrezco públicas disculpas, porque en aquellos tiempos, en una parte de mi trabajo, me expresaba incorrectamente, con relación a nuestros pueblos aborígenes.

Pues bien: enfrentando el tema central, señalo que tanto los cañaris de Hatún Cañar como los del Departamento Bajo, es decir de Cañaribamba, rendían culto en su orden al Azuay y al Abuga, ¡y en sus cumbres ofrecían sacrificios! Esta es la tradición que ha llegado hasta nosotros. Y en relación con el Abuga, el hecho resulta incontrovertible, no solamente por lo que ya hemos expuesto en estas páginas, sino en virtud de que el camino que conduce al cerro

y el riachuelo, hasta la actualidad se denominan con el nombre nativo: Chaquimaillana, que deriva de los siguientes vocablos: Chaki: sust. Pie, pata. Origen: Cakchiquel: Mayllay: lavar. Origen: Mayan-ce-Okán-Miskito-Xinca (Moreno Mora, 1955). Formada la palabra traduce: lavado de los pies. Y lo fundamental de destacar es que, en la mayoría, reitero: en la absoluta mayoría de las religiones del mundo, el rito del lavado de los pies es íntimamente relacionado con la entrada a un lugar sagrado.

Sin entrar en mayores detalles, tenemos que las ceremonias purificadoras con el agua son prácticamente universales. En efecto, encontramos a los antiguos hindúes purificándose en las aguas del río sagrado Ganges; entre judíos y cristianos el rito del bautizo se efectúa por medio del agua y el mismo Jesucristo es bautizado con agua en el río Jordán, por Juan el Bautista; similar costumbre también encontramos en el Islam. En muchas religiones existe no solamente la purificación del recién nacido o adulto con agua, sino también del difunto previo a su inhumación, como reminiscencia de inmemoriales tiempos en los que al agua se atribuía propiedades mágicas o sobrenaturales.

Yo deseo destacar, nuevamente, la extraordinaria importancia que el pueblo cañari brindaba al rito de la purificación. La oposición *impureza-purificación*, tuvo un papel de primera magnitud que puede comprenderse no únicamente por el rito del lavado de los pies, sino también con el llamado “quinto del muerto”. En efecto, mediante el lavado de los pies —ya conocemos el significado de *Chaquimaillana*— el cañari separaba lo profano de lo sagrado y así regulaba el nexo hecho conciencia entre lo impuro y lo puro. Pero, además, y esto es lo verdaderamente digno de destacar, el cañari como ser profano luego del lavado de los pies se encontraba en condiciones de llegar a la cumbre sagrada del tótem guacamaya. Y allí es donde se realizaba lo que podríamos llamar la comunión del ser humano con su tótem, con los orígenes de su estirpe, con lo sagrado. También podría coadyuvar a esclarecer correctamente estas cuestiones, el estudio de esos dos cajones grandes de piezas arqueológicas, que se habrían extraído de la cumbre

del Abuga, una vez que se concretó la compra de la montaña, de parte de la Compañía Franciscana a unos campesinos del lugar.

Por lo mismo, si Chaquimaillana conduce el majestuoso Abuga, que fue venerado por los Cañaris, entonces es lógico suponer que tal rito de purificación de los pies —compágnese con el lavado de pies de Jesús a sus alumnos, así como la sumersión y consiguiente purificación de los hindúes en su río sagrado, Ganges— estuvo relacionado con la veneración al Abuga, que es el Huacapñán de la leyenda, aunque también se pronuncia Huacayñán, término este que tendría menor trascendencia, considerando que su significación es “Camino de llanto”, mientras que Huacapñán traduciría lo más correcto y que tiene relación con el tema que abordamos: “¡Camino de Adoratorio!”. Sin embargo, lo que sucede es que Huacayñán, traducción imprecisa, ha sancionado la costumbre; pero de acuerdo con la leyenda vinculada con el tótem-guacamaya, venerada en el monte sagrado, Huacapñán, será lo realmente cabal.

Reforzamos nuestro criterio con lo siguiente: Huapán, no lejos de Azogues y en las faldas del Abuga, también guarda relación con el cerro sagrado, pues significa en el quichua arcaico del Ecuador ¡Sepultura del Templo! Coincidentemente, en dicha parroquia se descubrió hace muchos años un célebre sepulcro, del cual se obtuvieron, entre otras cosas, hachas de cobre con un peso de 30 quintales. Pues bien, ¿qué relación guardan las hachas con la leyenda? Que varias de ellas, ¡tenían grabadas la figura de la guacamaya!

González Suárez, quien no solamente ejerció el sacerdocio católico, sino que fue un connotado historiador, nos libra de mayores comentarios, cuando manifiesta lo siguiente:

Nosotros, después de madura reflexión, nos hemos atrevido a conjeturar que el cerro de la leyenda es el Abuga; la forma del cerro, visto desde el valle de Chuquipata, y, sobre todo los restos, que de un muy antiguo edificio se conservaban, el año 1872, en su cumbre, han sido el fundamento, que hemos tenido para formar nuestra conjetura. (González Suárez, 1968, p. 195)

Lo expuesto brevemente, demuestra de manera convincente, que la construcción antigua, netamente cañari, estuvo destinada en tiempos pretéritos a un santuario del tótem-guacamaya, venerado en el cerro Abuga, el Huacapñán de la leyenda.

Finalmente, todo esto se encuentra relacionado no solamente con el tótem, sino con el demiurgo y la cosmogonía cañari, en su conjunto. En efecto, sin caer en la especulación, tenemos que en la mitología quechua, en general, extendida en todo lo que en tiempos del incario se conocía como Tahuantinsuyo (gran parte del Ecuador actual, Perú, notable parte de Bolivia, Chile y el Sur de Colombia), el Universo o Cosmos como nosotros diríamos con cierta propiedad, estuvo constituido de tres mundos: *Janan Pacha*, de las divinidades celestiales; *Kay-Pacha*, el mundo de los espíritus hombres, animales y plantas, es decir de la Tierra en su conjunto; y *Urin-Pacha* (también *Ucu-Pacha*), o mundo de los muertos. Estos tres mundos estuvieron comunicados entre sí por dos gigantescas serpientes que emergiendo de Urin-Pacha pasaban a Kay Pacha. ¡Una de las serpientes tenía forma de un gran río conocido por... Amaru Mayu o Ucayali! (Tó-karev, 1980). Obligada pregunta: ¿Será simple coincidencia que el río que corre por la orilla occidental de Huapán, de Azogues, y a las faldas del Abuga, serpenteando por su lecho, haya sido también muy venerado por los cañaris y se denomine Burgay-Mayu? Algún día la ciencia despejará definitivamente y a cabalidad el enigma, pero de lo que no existen dudas es de que los cerros Azuay y Abuga fueron las cumbres sagradas del tótem, y de que uno y otro, asientos sagrados, hieráticos, que asimismo constituyeron centros de afluencia de frecuentes peregrinaciones, de parte de quienes querían conocer los famosos oráculos y desentrañar los arcanos. Sobre esta cuestión, se pronuncia Gaspar de Gallegos en tiempos coloniales, a mediados del siglo décimo sexto.

Figura 15

El Abuga, la montaña sagrada del diluvio cañari



Nota. Procedencia: Peleusí de Azogues, capital de la provincia del Cañar.

Capítulo XIII

El diluvio universal: ¿mito o realidad?

Previamente manifestaremos que relatos sobre un diluvio universal ocurrido en tiempos remotos, inmemoriales, se tiene en muchos pueblos del mundo antiguo. Por ello, al hablar de las montañas sagradas del tótem, mencionamos al respecto el relato cañari. Desde luego, el término *tótem*, procede del *algonquino*, que hace referencia a varios pueblos nativos de Canadá y Estados Unidos. Asimismo, procede señalar que no podemos absolutizar el significado de mito o leyenda, cuando tenemos en consideración a los antiguos relatos sobre grandes inundaciones, a consecuencia de torrenciales aguaceros, que se acompañaban del desborde de ríos y lagunas, e incluso de enormes torrentes de los mares, provocando auténticas catástrofes. Pero sin lugar a dudas el más famoso relato sobre el diluvio, aunque no el más antiguo (el más antiguo, como ya hemos señalado, corresponde al relato de Gilgamés, de la antigua civilización de Mesopotamia, que traduce *Entre Ríos*), se encuentra contenido en las páginas del Antiguo Testamento bíblico, explicándose que esta terrible catástrofe se produjo en tiempos de Noé, quien supuestamente, construyó una gigantesca arca, en la que puso a todos los animales y aves de la creación, por parejas; es decir hembra y macho. De acuerdo con dicho relato bíblico, el diluvio se prolongó durante 150 días, o lo que significa lo mismo, ¡durante cinco meses!, luego de lo cual las aguas descendieron, reposando el arca en las montañas de Ararat (Gen 7:1-24, 8:1-22 Edición Ecueménica Sagrada Biblia, 1983), que pertenecen a la República de Armenia.

Este relato, que se pierde en el tiempo, entre lo verdadero y lo mitológico, propiamente dicho, tanto de judíos, como de cristianos, no es original del pueblo hebreo. Reiteramos: su fuente más directa constituye el relato asirio de Gilgames, contenido en la escritura cu-

neiforme de tablillas de barro que data del siglo XXI a. n. e., es decir ¡dos mil cien años, antes del surgimiento del relato de las religiones mencionadas! Existen estudios muy bien documentados al respecto, y me permito mencionar brevemente dichas narraciones y sus autores.

Según la susodicha leyenda asiria, el diluvio universal transcurrió en una profunda antigüedad, salvándose en una nave, en unión de diversas especies de animales, el legendario Utanapishtin, que vendría a ser ¡el indiscutible prototipo del Noé bíblico! El héroe asirio cargó el arca, construido por consejo de la divinidad Ea, con todo lo que tenía: su familia y parientes, animales y plantas, ganado y fieras. Este legendario diluvio, predecesor en algunos siglos del diluvio del Antiguo Testamento, se prolongó únicamente siete días, mientras el bíblico casi medio año, lo que evidencia que los hebreos superaron en mucho a los asirios, en cuanto a imaginación. En otros aspectos, tanto uno como otro mito son muy similares. Por ejemplo, Utanapishtin suelta un palomo y luego una gaviota para comprobar el grado de descenso de las aguas; Noé, primero dispuso soltar un cuervo y luego dos palomas (Gen 7:1-24, 8:1-22 Edición Ecuménica Sagrada Biblia, 1983).

Una de las ilustres mujeres, que escribió con sapiencia y documentadamente, sobre estos temas trascendentes, ha sido la autora de la antigua Unión Soviética, Verónica Constantínovna Afanásieva, autora de algo más de 40 trabajos, publicados en su patria y editados también en el extranjero. Un libro excepcional, en su lengua materna, el ruso y también en otros idiomas, se denomina: Гильгамеш и Энкиду - “*Gilgamesh y Enkidu*” (Афанасьева, 1979).

Otro investigador que también ha descollado por su profesionalismo, es el alemán Evelin Klengel-Brandt, autor de la obra “Reise in das alte Babylon”, traducida al ruso y editada en Moscú, igualmente en 1979 (Кленгель-Брандт, 1979). Estas obras nos permiten conocer cuestiones muy importantes: la primera, sobre la antigua civilización de Mesopotamia, es decir *el País entre ríos*, cuna de una de las civilizaciones más antiguas del planeta, así como también nos permite informarnos sobre el papel protagónico de Gilgamesh y Enkidu, con relación al legendario “Primer diluvio universal”, que se había desatado dos mil años antes del diluvio Bíblico del Cristianismo.

Pero lo interesante de todo esto radica en que el fundamento del relato asirio, que a su vez sirvió de base para confeccionar el mito bíblico, ¡constituyó un hecho real e indiscutible, sobre una gran inundación, que en tiempos remotos se había desatado en el legendario “País entre ríos”, que eso es lo que significa Mesopotamia. Precisamente el historiador y sacerdote babilonio Beros, quien viviera aproximadamente entre 350 a 260 a. n. e. —antes de nuestra era— (o antes de Cristo), en su ya legendaria obra, “Historia de Caldea”, confirma que, de acuerdo con las tradiciones mantenidas, ¡en su país se había producido una enorme inundación! Tal tradición concuerda con los datos de la ciencia, pues los científicos calculan que, entre 4000 a 5000 años atrás, cuando ni el judaísmo, menos aún el cristianismo, ni siquiera se vislumbraban como credos religiosos, mientras que una gran inundación se había producido en la región asiática, ubicada entre el Tigris y el Éufrates, arrasando y sumergiendo en las profundidades de las aguas con todo lo vivo, como seres humanos, animales, pero también con construcciones humanas. De esta manera, el relato bíblico resultaría una asimilación tomada de una narración notablemente más antigua, sustentada en la tradición asirio-caldea, que a su vez constituye un relato sustentado en esa gran inundación que verdaderamente ocurriera muchos siglos atrás en aquella región del “País entre ríos”, que justamente es lo que traduce, reiteramos, el término Mesopotamia, parte integrante, a su vez, de Asia, el famoso continente del Viejo Mundo, a la par que África.

Otros relatos diluvianos

En el Japón, relata la leyenda que su primer soberano que vivió antes del diluvio, retornó a sus islas inmediatamente después que las aguas menguaron de volumen.

En los manuscritos del México precolombino (Резанов, 1984), se conservó la tradición sobre un diluvio universal que destruyó en la tierra una raza de gigantes inconvenientes para su Dios. Ulteriormente, estos gigantes se convirtieron en peces, a excepción de una pareja humana que se escondió en las ramas de un árbol.

En el libro sagrado del pueblo Quiché de Guatemala, el *Popol Vuh*, también se ha conservado la tradición sobre un gigantesco aluvión y una lluvia de fuego, que destruyó todo lo vivo en la Tierra. Semejantes flagelos fueron obra del dios Hurakán, enojado por cuanto los hombres olvidaron a su creador. Señalamos que *quiché*, en tiempos precolombinos formaba parte del Reino del mismo nombre: Quiché, que actualmente se conoce como República de Guatemala.

En su orden, entre los aborígenes de California, el héroe de muchos mitos, *Koiti*, similar al Noé bíblico, milagrosamente logra salvarse del diluvio y de una tempestad de fuego.

Pero a diferencia de los relatos del Viejo Mundo sobre diluvios universales, los que se habían producido en nuestra América precolumbina, se recuerdan como grandes inundaciones acompañadas de terremotos y erupciones volcánicas. Por ejemplo, entre los nativos de Tierra del Fuego, los *yaganes*, pero también los *onas* y *alacaluyes*, se conservaba un importante relato, según el cual la causa del diluvio fue un fenómeno cósmico, probablemente la caída de un meteorito, por cuanto manifestaban en sus relatos que muchos siglos atrás *la* “Luna cayó en el mar. Las olas del mar se elevaron como el agua en un cubo si se lanza en él una gran piedra...” (Резанов, 1984). Lo cierto es que, a causa de la caída de la Luna, según el relato, se produjo una terrible inundación, de la cual se salvaron únicamente quienes se elevaron del fondo del mar y nadaron hasta llegar a la superficie y así avanzar hacia las orillas. Después la luna salió del mar, el agua empezó a menguar y la isla retornó a su sitio.

De todo lo brevemente expuesto, se puede deducir que, primordialmente en pueblos ubicados en regiones internas de Asia, África, igual que en nuestra América del Sur, las tradiciones del diluvio universal relativamente no son muy frecuentes, o es posible que hayan olvidado el relato con el transcurso del tiempo, ante las severas condiciones de conquista y colonización y el categórico rechazo y condena de los sacerdotes del nuevo credo, condiciones que habrían conducido a optar por resignarse al olvido de sus interesantes relatos. Probablemente la prueba irrefutable era la que pronunciaba la autoridad religiosa.

Figura 16

(a)



(b)



(c)



Nota. La primera imagen (a) corresponde a una reconstrucción de una choza cañari del Complejo Arqueológico de Ingapirca (Wikimedia Commons, 2016). La segunda imagen (b) es de una choza ubicada en el Museo de Historia de Ucrania (relacionado con las viviendas) (Biblioteca “Zobeida López O. de Robles”). La tercera imagen es de una choza de paja tradicional, del Parque Nacional de Doñana, en Andalucía, España, marzo de 2014.

Conclusión

El muy breve estudio de la mitología y cosmogonía cañari nos demuestra la gran antigüedad de su cultura, las profundas raíces comunes que guarda con las civilizaciones más famosas de nuestra América. En el aspecto religioso es innegable la particular dedicación que brindaban a ritos y ceremonias de veneración a sus divinidades agrícolas, el culto a la Luna, al Sol, a Mama Zara y a la Papa, a la Sierpe, progenitora de su estirpe, a la Guacamaya-tótem. Justamente por esta circunstancia existen o existieron lugares sagrados y templos-observatorios como el mencionado *Abuga*, objeto de este breve estudio; pero también *Huapán* e *Ingapirca*; este último, uno de los santuarios o necrópolis probablemente más famoso del pasado precolombino, como igualmente es el caso de *Narrío*, cultura cañari que se desarrollara 1000 a 1500 años antes de nuestra era. Y el vínculo cósmico-biológico del que hemos hablado ya, es simplemente excepcional. Por ello *Pachamama*, la Tierra-Madre, se entendía como la divinidad del bien que se muestra generosa haciendo madurar los frutos. Se le rendía pleitesía mediante la famosa *Challa* (Kulla), rito con el que se entendía la reparación por el acto de hollar su seno para las labores del agro y al mismo tiempo entrañaba un agradecimiento por los bienes recibidos.

Pachamama es, pues, la Madre Tierra. ¡Qué indudable diferencia en la concepción, en el entendimiento de lo que es la naturaleza, el entorno y en el nexo ser humano-Tierra, de parte de nuestros antepasados, ofendidos, despreciados y considerados seres inferiores, ¡con aquella manera de entender el mundo y la existencia de los conquistadores y luego la de los modernos Atilas que han sometido y continúan sometiendo, hoy en día, a la Tierra y a sus recursos na-

turales, a una despiadada explotación y que, sobre todo, practican el bandidaje ecológico que está conduciendo a una destrucción irremediable de nuestro mundo!

Del conocimiento de esta notable cultura precolombina, podemos deducir que en el sistema teogónico y cosmogónico ya se vislumbraba, aunque todavía sin la indispensable tenacidad, la liberación de la reflexión filosófica del ropaje mítico-religioso, hacia una búsqueda del *ser humano cañari*, y su mundo, de un contenido, probablemente, menos ilusorio y más real. Pero, lamentablemente, no fue posible que en aquellos ya lejanos tiempos, este proceso se presente y comience a desarrollarse, mucho menos que se convierta en una realidad, por cuanto fue truncado por los conquistadores hispanos y portugueses, que impusieron con extremada violencia y fanatismo, y aún a costa de la vida de miles de nativos su concepción religiosa, su filosofía, y una manera de entender el planeta en el que vivimos, totalmente extraña, a la par que determinando sensibles cambios en la conciencia religiosa de nuestros antepasados.

Yo no afirmo esto gratuitamente; en efecto, un pundonoroso, ilustrado y talentoso historiador español de nuestro tiempo, José Antonio Piqueras, en una obra documentada y trabajada pundonorosamente, manifiesta lo siguiente:

...Entra aquí el capítulo escamoteado del colapso demográfico que en poco más de un siglo redujo a la décima parte el número de los habitantes del Nuevo Mundo. Entre cuarenta y cincuenta millones de personas desaparecieron sin dejar rastro ni evidencias. Es la evidencia entre la estimación más razonable de la población precolombina y población indígena a la altura de 1620 (Sánchez-Albornoz, 1994, pp. 50-73). Es una historia compleja, en la que se combina la conquista por las armas, el sometimiento y la cristianización por la fuerza, el otrocidio del que habla Eduardo Galeano: “El indio salvado es el indio reducido. Se reduce hasta desaparecer: vaciado de sí, es un no-indio, y es nadie”. (Galeano, 1992, pp. 18, 21) (Piqueras, 2011, ctp. 13)

Invalorables tesoros de la cultura cañari fueron objeto de despiadados saqueos a lo largo de los siglos, los testimonios de su historia milenaria perennizados en metales preciosos que sabían tra-

bajarlos admirablemente porque eran consumados orfebres, fueron fundidos y convertidos en lingotes para saciar la voracidad de oro y plata de los conquistadores. Algo similar también sucedió en otras regiones de nuestro país.

Por supuesto que, al triunfar los conquistadores y colonizadores, impusieron sus costumbres, su régimen político-económico, su cultura y en religión, el cristianismo, o más propiamente expresándonos, su principal orientación religiosa de aquellos ya lejanos tiempos, el catolicismo, acompañado de la “Santa Inquisición”, oficialmente fundada en lo que actualmente es España, en 1480, particularmente merced a la decisión del pontífice Sixto IV y a las gestiones de quien fue un cripto judío (originalmente *cripto*, significa lo que se encuentra oculto), Tomas de Torquemada. Fue en el año ya señalado, es decir apenas 12 años antes del supuesto descubrimiento de nuestra América por Cristóbal Colón y sus marinos. Debemos señalar que, en esta cuestión de credos, algo similar ha sucedido en Centroamérica y el Caribe mientras que en los Estados Unidos de Norteamérica, ya no fue el catolicismo el credo dominante, sino el credo luterano o protestante, aunque existen otras confesiones, pero menores. En Canadá, los principales son el catolicismo y el luteranismo.

¿Por qué estas diferencias de credos en nuestro continente? Primordialmente por el origen de los conquistadores y colonizadores: en el sur la conquista y colonización estuvo a cargo de España y Portugal; en Centroamérica, primordialmente españoles; en el Caribe, conquistadores que practicaban de diferentes religiones.

Retomando el asunto *demiurgos*, de nuestro ancestral pueblo Cañari, procede reiterar que la leyendaria montaña vinculada al “Diluvio”, así como el papel protagónico de las guacamayas y los recuerdos de aquello que se encontraba en ciernes, en gran parte fue truncado violentamente. Sobre todo, su original cultura, en gran parte perdió sus saberes, ciertos conocimientos, sus artes, sus tradiciones y costumbres, fueron reciamente combatidos. No olvidemos que aquel mundo cañari, en fin, fue protagónico desde un remoto pasado hasta hace medio milenio. Sin embargo, no todo ha sido *barrido*, caso contrario no hablaríamos hoy de teogonía, demiurgos y tótems. Por lo menos

algunos ancestrales conocimientos, tradiciones, artes, han resistido la prueba del tiempo y del desdén, conservándose hasta nuestros días.

Por todo lo brevemente expuesto, el estudio del pasado de nuestros pueblos no es formal, simple ilustración, sino que debe servir para el rescate de la heredad histórico-cultural, para valorar y fortalecer nuestra identidad y para construir un futuro mejor: libre del yugo material, pero también de un cautiverio espiritual que nos impone una sociedad de clases, todavía marcadamente dividida, donde el otrora todopoderoso racismo, aún no acaba de expirar y de alguna manera, continúa formando parte de un poder político, económico e ideológico, que revela sus innegables limitaciones.

Referencias bibliográficas

- Archivo Municipal. (1938). *Libro primero de cabildos de la ciudad de Cuenca*. Talleres topográficos municipales Quito.
- Chen, Q., Li, W., Tan, L. y Tian, F. (2021). Harnessing Knowledge from Maize and Rice Domestication for New Crop Breeding. *Molecular Plant*, 14(1), 9-10. <https://doi.org/https://doi.org/10.1016/j.molp.2020.12.006>
- Chimbo Aguinda, J. J. y Ullauri Velasco, M. A. (2008). *Shimiyuk kamu-Diccionario Kichwa - Español Español-Kichwa*. Sector Público Gubernamental.
- Cieza de León, P. (2005). *Crónica del Perú. El Señorío de los Incas*. Biblioteca Ayacucho.
- Cordero Crespo, L. (1968). *Diccionario quichua-español, español-quichua*. Universidad de Cuenca.
- Ferrater Mora, J. (2001). *Diccionario de Filosofía* (Vol. I). Ariel S.A.
- Gen 7:1-24, 8:1-22 Edición Ecuménica Sagrada Biblia. (1983). Osiris Editores S.A.
- González Suárez, F. (1890). *Historia general de la República del Ecuador* (Vol. I). Imprenta del Clero.
- González Suárez, F. (1965). *Estudio Histórico de los Cañaris Pobladores de la Antigua Provincia del Azuay* (Segunda ed.). Universidad de Cuenca.
- González Suárez, F. (1968). *De Prehistoria y Arqueología*. Talleres Gráficos de la Universidad de Cuenca.
- Hegel, F. (1976). *Filosofía de la Historia* (Segunda ed.). Claridad.
- Instituto Nacional de Patrimonio Cultural Regional 6. (2012). *Glosario del Patrimonio Cultural Inmaterial del Azuay*. Imprenta Grafisum.
- Leonardi, P. J. (1966). *Lengua Quichua. Dialecto del Napo-Ecuador*. Quito, Ecuador: Editorial Fénix.
- Mangelsdorf, P. C. (1954). New Evidence on the Origin and Ancestry of Maize. *American Antiquity*, 19(4), 409-410.
- Middendorf, E. W. (1970). *Gramática Keshua*. Aguilar.
- Moreno Mora, M. (1955). *Diccionario etimológico y comparado de kichua del Ecuador*. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay Cuenca.

- Morgan, L. H. (1971). *La sociedad primitiva*. PavlovLibrerías Allende S.A.
- Múgica, P. C. (1979). *Aprenda el quichua: gramática y vocabularios*. CICAME.
- Piqueras, J. A. (2011). *La esclavitud en las España: un lazo trasatlántico* (Primera ed.). La Catarata.
- Prieto, M. (ed.). (1971). *Diccionario de la mitología mundial*. Editorial EDAF S.A.
- Real Academia Española. (2021). *Diccionario de la lengua española* (Vigésimo Tercera ed.). <https://dle.rae.es/>
- Robles López, M. (1968). *Azogues del Cañar: Raíces de su Historia. Cunanmanta*.
- Robles López, M. (1988). Año del Centenario. *Revista Municipal*, 75.
- Robles López, M. (1995). *Historia de Peleusí de Azogues*: Gráficas Hernández.
- Robles López, M. (2004). *Libro de Azogues*. EDIMPRESS S.A.
- Robles López, M. (2010). *Religión y filosofía en el mundo antiguo* (Vol. II). Talleres Gráficos Universidad de Cuenca.
- Soto Hall, M. (1941). *Cultura Maya: carácter y creaciones de esta gran civilización precolombina*. Editorial Atlántida.
- Tókarev, S. A. (1975). *Historia de las religiones*. Ciencias Sociales.
- Tókarev S. A. (1980). *Mitos de los Pueblos del Mundo*. Ciencias Sociales.
- Torres Fernández de Córdova, G. (2002). *Lexicón etnolectológico del quichua andino: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador y Perú* (Vol. III). Tumipanpa.
- Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana. (1953). *Diccionario Enciclopédico UTEHA* (Vol. VI). UTEHA.
- Voltaire. (1990). *Filosofía de la Historia*. Tecnos.
- Wikimedia Commons. (13 de 2 de 2016). *Ingapirca Ecuador 383*. bit.ly/3EbdwtV
- Аверинцев, С., Араб-Оглы, Э. А., Ильичев, Л., Ковалев, С., Ланда, Н., Панов, В., Федосеев, П. (1989). *Философский Энциклопедический Словарь* (Второе ed.). Москва, СССР: Советская Энциклопедия.
- Андреев, В. (1985). *Под знаком огня и тигра*. Москва, СССР: Наука и Религия.
- Афанасьева, В. К. (1979). *Гильгамеш и Энкиду*. Москва, СССР: Наука.
- Горбовский, А. А. (1988). *Факты, догадки, гипотезы*. Москва, СССР: Знание.
- Кленгель-Брандт, Э. (1979). *Путешествие в древний Вавилон*. Москва, СССР: Наука.

- Новиков, М. П. (1986). Атеистический словарь. Москва, СССР: Издательство политической литературы.
- Резанов, И. А. (1984). Великие катастрофы в истории Земли. Москва, СССР: Наука.
- Фрезер, Д. (1980). Золотая ветвь: Исследование магии и религии. (М. К. Рыклин, Trad.) Москва, СССР: Политиздат.
- Шейнман, М. М. (1977). Вера в дьявола в истории религии. Москва, СССР: Наука.

Piezas arqueológicas: un hallazgo en Burgay

En esta sección se presentan dos piezas arqueológicas que fueron descubiertas por el autor en el sector de Burgay (región norte de Biblián) en 1965. Lamentablemente, hasta la fecha las piezas se extraviaron, sin embargo, con el material fotográfico y multimedia existente, se ha logrado realizar una reconstrucción tridimensional.

Es importante señalar que estas piezas proceden de una excavación realizada por el autor en el sector de Burgay, cerca de donde el Sr. Max Konanz realizó sus descubrimientos arqueológicos.

A continuación, se presenta una descripción técnica realizada por Diana Cordero, experta en arqueología.

**Pieza No. 1. Estatuilla lítica zooantropomorfa,
tallada en un solo bloque de piedra**



Filiación cultural: Cañari

Dimensiones: 12 cm de largo (en relación a la dirección horizontal de la imagen), 6 cm de alto y 4 cm de espesor.

Consiste en una figurina con cabeza antropomorfa con rasgos faciales humanos, de expresión hierática, comprendidos por dos oquedades circulares que figuran los ojos, una nariz prominente con fosas nasales y una boca de labios gruesos.

El cuerpo es de aspecto felínico, se encuentra en posición erigida, parado sobre una superficie redondeada. En su parte extrema sobresale una cola con cabeza de serpiente.

Pieza No. 2. Flauta de hueso o “Pinkullo”



Filiación cultural: Cañari

Dimensiones: 13 cm de largo (en relación a la dirección horizontal de la imagen), 3 cm de alto y 3 cm de espesor.

Tubo de hueso, pulido en su cara exterior, cortado intencionalmente en sus extremos. Presenta una ligera curvatura en su sección longitudinal. En la cara superior, en su extremo proximal, cercano a la embocadura, se ubica un pequeño corte rectangular seguido de tres perforaciones circulares.

Sobre la superficie externa se despliegan motivos incisos zoomorfos, uno de ellos identificado como un ofidio (serpiente).

Software educativo “teogoniaapp”

Para visualizar las piezas arqueológicas en tres dimensiones, se ha desarrollado la aplicación móvil “teogoniaapp” que puede ser descargada de la tienda Google Play®. Esta aplicación puede ser instalada de forma libre en cualquier dispositivo móvil que cuente con el sistema operativo Android®.

Para ello, el usuario puede activar la cámara y apuntar sobre las imágenes de las piezas arqueológicas y automáticamente se desplegará el modelo tridimensional con su respectiva descripción y fotografías adicionales.

Asimismo, la aplicación móvil contará con el texto del libro y una galería de imágenes.

Finalmente, a través del siguiente código QR se pueden también visualizar tres modelos tridimensionales que pertenecen a pueblos originarios de la región costa.



Sobre el autor

Nació en Azogues, provincia del Cañar, Ecuador, el 20 de abril de 1941. Su principal dedicación ha sido el estudio de temas históricos y la filosofía, así como el periodismo. Es autor de más de 30 obras de historia, filosofía, ensayo y análisis socio-políticos (Vanegas Coveña, 2005).

Es el primero de cinco hermanos, hijo del Sr. Desiderio Robles Merchán, quien se desempeñó como funcionario público en algunas instituciones (Judicatura de Azogues, H. Consejo Provincial del Cañar); en condición de autodidacta ejerció el periodismo, y solventó con sus propios recursos el semanario “El Reivindicador”, en Azogues; asimismo fue columnista y corresponsal, en unión de su pariente Saúl Tiberio Mora, reconocido periodista azuayo, de los combativos bisemanarios cuencanos “El Guante” y “El Sol”, así como de los diarios “El Día”, de Quito y “El Mercurio” de esta ciudad. Su madre, la Sra. Zobeida López Ochoa de Berna, estudió la primaria en la escuela “La Providencia de Azogues”; ulteriormente, fue la primera mujer de la provincia del Cañar en realizar estudios secundarios en el centenario colegio “Juan Bautista Vázquez”, al que ingresó en 1929. Terminados los estudios secundarios, ingresó al magisterio en 1936 (Diario El Universo, 2012).

En 1959 se trasladó a vivir en la ciudad de Loja, donde transcurridos cinco años de estudios y la elaboración de la tesis, obtuvo el título de doctor (de tercer nivel) en Medicina Veterinaria, por la Universidad Nacional de Loja. Se graduó con nota sobresaliente. En agosto de 1974, previo concurso gana una beca de estudios concedido por el Gobierno de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), y obtiene, en la Academia de Ciencias Agropecuarias de Kiev (República de Ucrania), el Doctorado en Filosofía con especialidad en

Reproducción Animal, título vigente en nuestros países, Norteamérica, gran parte de Eurasia y África, equivalente en la URSS y otros países que formaron parte de la desaparecida comunidad socialista. También estudió durante 16 meses, lengua rusa (ocho meses) e historia de la filosofía (ocho meses). La calificación del epítome, en la primera, fue “muy buena” y la de filosofía, sobresaliente. Posteriormente, entre 1984-1985, en Moscú, realizó estudios de Ciencias Sociales en el exinstituto del mismo nombre, adscrito al ex-PCUS.

Marco Robles fue designado el 25 de noviembre de 2016, miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia del Ecuador; fue miembro de la Organización Internacional de Periodistas, sede en Praga, desde 1989 hasta 1994, fecha en la que dicha organización cesó su existencia.

Trayectoria

Periodismo. Colaboró como articulista en el diario El Tiempo de Cuenca, durante aproximadamente 20 años; en *Impacto Internacional*, revista dirigida por quien fue destacado intelectual, abogado Alejandro Román Armendáriz; también colaboró en la *Revista Cabeza de Gallo* de la Asociación de Profesores de la Universidad de Cuenca; en *Revista El Observador, Cuenca y Emprendedores*, revista de la Fundación Ecuatoriana de Desarrollo -FED-, Quito, aproximadamente durante ocho años; En RTU, Quito, asimismo colaboró durante algunos años, y en HISPAN-TV, canal de televisión que se emite desde Teherán, capital de la República de Irán, en calidad de analista de política internacional, durante 22 meses, desde el 10-09-2016, hasta 22-07-2018 (46 entrevistas).

Fue miembro del Consejo de Redacción de Revista Internacional, que tenía su sede en Praga, capital de la República Checa, se editaba en 34 idiomas y circulaba en 105 países. También fue miembro de la Organización Internacional de Periodistas, que tuvo su sede en Praga, desde 1989 a 1994, fecha en la que se cerró definitivamente.

Academia. Se desempeñó como catedrático en la Universidad Estatal de Cuenca, durante 31 años, la mayor parte, como profesor a

tiempo completo, en la Facultad de Ciencias Agropecuarias; durante un período de dos años, como profesor principal en la Facultad de Ciencias Económicas, de la misma Universidad.

Obras publicadas

Historia, Filosofía

- Azogues del Cañar, raíces de su historia. En Revista Cunanmanta (1968).
- Mito y filosofía en el mundo andino. Español y Quichua. CCE “Benjamín Carrión” (2004).¹ Quito-Ecuador.
- Teogonía y demiurgos en la cultura cañar, Azogues (1988).
- Amanecer filosófico y del Renacimiento, Cuenca (año 1987).
- Peleusí de Azogues. Historia, leyenda, homenaje, Azogues (1993).
- Preludio y aurora de la reflexión, Cuenca (1994).
- Historia de Peleusí de Azogues, Municipalidad de Azogues, Consejo Nacional de Cultura, Foncultura. Ed. Gráficas Hernández, Cuenca (1995).
- Nuevos datos históricos de la pequeña patria, Azogues (1996).
- Cañar: su historia y su cultura. Tomos I y II, H. Consejo Provincial del Cañar. Azogues (2000).
- Páginas olvidadas de la vida de José Peralta. Editorial Raíces, Quito, Ecuador (2002).
- José Peralta. Su filosofar y mis cogitaciones. CCE “Benjamín Carrión”, Quito-Ecuador (2004).
- Índice bibliográfico de Artistas Plásticos del Cañar. CCE. Núcleo del Cañar (2003).
- Biblián y su Historia. CCE. Núcleo del Cañar (1997).

¹ Princeton University Library Catalog. URL: <https://catalog.princeton.edu/catalog/SCSB-6178507>

- Libro de Azogues. Ilustre Municipalidad. Tomo 1. Consejo Editorial Director: Marco Robles L., Miembros: Edgar Palomeque V., César Izquierdo N., Germán León R. Editorial: Edimpres, S. A. Quito, febrero, 2004.
- El Mundo Político Grecorromano. Ensayo Histórico-Filosófico. Centro de Publicaciones de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Cuenca. Cuenca, Ecuador (2003).
- Debate sobre el destino de un sistema. Z. Brzezinski (EE. UU.), Yuri Krasin y Grigori Vodolazov (Ex URSS, Rusia). Ed. CCE, Núcleo del Cañar. Azogues (1996).
- Religión y Filosofía en el Mundo Antiguo. Tomo I, Auge u Ocaso del Paganismo; Tomo II, Cristianismo: La Historia Olvidada; Tomo III. Antigüedad: Momentos Estelares del Pensamiento Filosófico. Talleres Gráficos de la Universidad de Cuenca. Tomos 1 y 2, 2010; Tomo 3: 2011.
- Teófilo Pozo Monsalve. Primer Novelista del Cañar (folleto). Ed. Rocafuerte. Cuenca, Ecuador (2015).
- En las Tempestades de la Historia -Heidegger, Allende y otros-. Ed. Rocafuerte, Cuenca, Ecuador (2014).
- Académicos Rusos: La Nueva Sociedad Integral. Óleg Bogomólov, George Tsagolov, Grigori Vodolázov/Marco Robles L., coautor y traductor. Ed. Fundación Ecuatoriana de desarrollo. Quito, septiembre de 2019.

Reconocimientos

- Cronista Vitalicio de la ciudad, designado por unanimidad por la muy ilustre Municipalidad de la Ciudad de San Francisco de Peleusí de Azogues, con motivo de celebrarse los 175 años de cantonización. En Azogues, a 16 de abril del año 2000.

- Condecoración al Mérito Cultural, “Dr. Vicente Roca-fuerte”, por el Honorable Congreso Nacional del Ecuador, 9 de marzo de 2004.
- Presea al Mérito Investigativo. Casa de la Cultura Ecuato-riana. Quito, abril de 1999.
- Presea al Mérito Cultural, Ilustre Municipalidad, abril de 1995.
- Condecoración al mérito cultural, Cámara de Comercio e Industrias de Azogues.

Referencias

- Diario El Universo (25 de agosto de 2012). “Robles y López, figuras cente-narias”. <http://bit.ly/40D6GHq>
- Vanegas Coveña, S. (2005). *Diccionario de autores ecuatorianos contemporá-neos provincias de Azuay y Cañar*. Coedición de la Universidad del Azuay y la Casa de la Cultura Ecuatoriana-Núcleo del Azuay. <https://bit.ly/3KyR0Q7>

La cultura cañari desde su remoto pasado, sus costumbres y artes, su vivienda, vestuario, creencias, son parte de esta publicación.

Marco Robles (Azogues, 1941) identifica, en el pasado precolombino cañari, una forma de ver el mundo y su particular cosmovisión. Temas como las creencias, los dioses cosmogónicos, las reminiscencias de magia, totemismo y animismo, su culto lunar y las representaciones zodiacales hacen parte de esta obra. Además, el autor se acerca, desde la arqueología y la historia, a descifrar cultos, ofrendas y tótems propios de la cultura cañari así como las referencias mitológicas.

Este libro, en su tercera edición, es un llamado a buscar en el pasado las huellas de un mejor presente.

